

VALLADOLID

semana santa



SSV 95-7
C-270
(his)

12357007

VALLADOLID

semana santa



- **Presentación**
Francisco Javier León de la Riva. *Alcalde de Valladolid* 3
- **Saluda**
José Miguel Román Vaquero. *Presidente de la Junta de Cofradías* 5
- **Hace doscientos años: la primera Procesión General del Viernes Santo**
Teófanos Egido 6
- **Acerca de la escultura procesional vallisoletana**
José Ignacio Hernández Redondo 15
- **Pura maravilla de arte... La Semana Santa de Valladolid en el sentimiento de los poetas vallisoletanos**
Ángel M. de Pablos 25
- **Nuestros imagineros. Gregorio Fernández**
Esteban García Chico 34
- **Semana Santa de Valladolid: ¿Es una manifestación religiosa?**
Braulio Rodríguez Plaza. *Arzobispo de Toledo. Primado de España* 38
- **Maneras**
Francisco Cantalapiedra 42
- **Cofradías y pasos participantes en la procesión de la Sagrada Pasión del Redentor..** 46





A lo largo del año, hay muchos momentos y circunstancias que hacen que me sienta especialmente orgulloso de mi paisanaje y de mi ciudad. Y, evidentemente, la celebración de la Semana Santa es uno de ellos. No creo que esto me ocurra sólo a mí, en absoluto. Muy al contrario, tengo para mí que las liturgias y desfiles procesionales de la Semana Santa de Valladolid remueven en este sentido un altísimo porcentaje de las conciencias y las sensibilidades de mis conciudadanos. No es para menos. Nuestra Semana Santa admite muchos calificativos pero los que mejor casan con ella y mejor la definen son, a mi entender: “magnífica” y “única”.

Lo profundo es el aire, dice el verso del vallisoletano Jorge Guillén. En el caso de la Semana Santa de Valladolid, la profundidad y la densidad que llegan a alcanzar todas y cada una de las manifestaciones estéticas, devocionales y antropológicas que se concentran en ella, se sustentan en el aire que lo envuelve todo durante esos días; en el carácter que los cofrades vallisoletanos, la ciudadanía y el propio peso de la Historia imprimimos a cuanto “permitimos que acontezca” a lo largo de la Semana.

Volvamos el rostro hacia la celebración de la Semana Santa 2010. Disfrutémosla... “paso a paso”.

Francisco Javier León de la Riva
Alcalde de Valladolid



En Valladolid, una vez más, la madera policromada se hace dueña de las calles de una ciudad que vive intensamente la Semana Santa. Para muchos, será un rito repetido; para otros, una sucesión de pasos y de cofrades; para algunos, una demostración de silencio; para otros, un acto religioso. O social. E incluso un fenómeno turístico. Pero el éxito o el fracaso depende de sus verdaderos protagonistas, que no son otros que los miles de cofrades que sacrifican su tiempo de descanso para acompañar un estremecedor crucificado, un fúnebre yacente o una Virgen transida de dolor humano por la muerte de su Hijo. Son esos cofrades que echan horas y horas para mantener a punto el paso, "su" paso, una frase que decimos todos con orgullo, con sentido de la propiedad: "mi" paso, "nuestro" paso, "nuestra" cofradía.

Porque la Semana Santa es profundamente humana, por más que esté rodeada de un aura de religiosidad que lo preside todo. Pero sin el apoyo humano de Cossío y Gandásegui, cuando decidieron recuperarla en la década de los treinta del siglo pasado; sin el hombro de tantas y tantas personas, anónimas en su gran mayoría, es posible que muchos de los pasos que la componen aún permanecieran arrumbados en los bajos del Colegio de Santa Cruz. O, en el mejor de los casos, luciendo en un museo de tanto abolengo como el Nacional Colegio de San Gregorio. Si eso hubiera sucedido, si no hubieran existido personas empeñadas en crear cofradías, en montar los pasos, en reorganizar las procesiones, la Semana como tal no existiría. Habría arte en los museos, pero no religiosidad; habría belleza, pero no grandiosidad; habría esplendor, pero no divinidad; habría hermosura, pero no dolor.

Por eso "nuestra" Semana Santa es la de todos. Es la de quienes la hacen posible y la de quienes vienen a visitarnos; la de los que esperan horas a que llegue el desfile y la de quienes sólo pretenden una foto hermosa; la de quienes participan activamente y la de quienes se extasían mirando unas procesiones mezcla de silencio y recogimiento, de un dolor tan artístico y, sobre todo, tan humano.

Gracias a todos los que la hacen posible.

José Miguel Román Vaquero
Presidente de la Junta de Cofradías

Hace doscientos años: la primera Procesión General del Viernes Santo



TEÓFANES EGIDO



La procesión del "Entierro de Cristo" del Viernes Santo de hace exactamente doscientos años (1810) sorprendió sobremanera a los vallisoletanos de entonces y ha llamado la atención de los historiadores de Valladolid decimonónico, de sus cofradías penitenciales, de sus procesiones de Semana Santa. Lo singular de aquel acontecimiento, su realidad y su significado, justifican una mirada hacia un suceso centenario, que, al decir de casi todos, fue como el preconizador, si no el modelo, de la procesión más conocida y concurrida de Valladolid de los siglos XX y XXI.

Hay rasgos, desde luego, que permiten establecer ciertos paralelismos entre entonces y ahora. Aquella procesión fue general, de todas las cofradías penitenciales con sus pasos (cuando los tenían); logró que se celebrase a la misma hora, por el mismo itinerario, el procesional; todos los pasos y cofradías y claros tuvieron su salida y acabaron en las Angustias; y fue organizada, dirigida y controlada, y en esto se quiebra algo el paralelismo, no por la entonces inexistente Junta de Cofradías de Semana Santa sino por la autoridad, por una sola autoridad, que era —no podía ser otra— la civil y, a la vez, militar y, por si fuera poco, extranjera, es decir, francesa.

Veamos algunas de estas peculiaridades dos veces centenarias.

EL AMBIENTE

Valladolid se encontraba, en aquella primavera de 1810, en circunstancias de las más extrañas de su historia. Era una ciudad ocupada por los ejércitos napoleónicos que, por ser encrucijada de caminos, hicieron de ella desde 1808 hasta 1813, y como la personificó Celso Almuiña, una especie de "parada, fonda y hospital" para las tropas francesas durante la Guerra de Independencia. No es fácil recrear el clima que se vivía en aquellas condiciones. Baste con aludir a algunas realidades inherentes a la ocupación.

Por de pronto, y dada la masa de soldados estantes y transitorios, fue preciso compartir viviendas, o dejarlas para los mandos, al igual que conventos y monas-

terios se destinaron a albergar a los ejércitos o a satisfacer servicios necesarios. Las exclaustaciones impuestas por el poder facilitaron estos destinos al mismo tiempo que explican los desafueros que la "francesada" perpetró en el patrimonio artístico y cultural. De ello hay evidencias que pueden observarse en monumentos de la ciudad, a no ser que, como ocurrió con las casas de la Inquisición, no quedase ni rastro de ellos: en el incendio tan voraz y nocturno perecieron los archivos, tan ricos, del Tribunal de distrito más extenso del Santo Oficio, al parecer con más sentimiento de los historiadores posteriores que del vecindario de Valladolid de entonces. No estará de más recordar cómo durante la ocupación y la "guerra" no fueron los "franceses" los únicos destructores o depredadores: muchos vallisoletanos, o advenedizos en la ciudad, se dieron a la rapiña de aquellos bienes, incluso de aquellas piedras.

Como era un tiempo de guerra, y de una guerra que no lo era solo contra el francés sino también civil entre españoles, la sociedad vallisoletana se vio sacudida por uno de los integrantes bélicos más trágicos, el de la división. Y es que no todos los españoles y, por tanto, los vallisoletanos, eran unánimes en el rechazo al "francés". Los había, ciertamente, y es seguro que se trataba de la mayoría, partidarios del rey español Fernando VII, que se andaba por Bayona en actitudes viles, como un juguete de Napoleón y de sus proyectos dinásticos. Pero tampoco eran tan escasos los "afrancesados", en buena parte ilustrados, convencidos de la conve-

niencia de cambiar de dinastía y de mentalidad. La confrontación ideológica fue violenta en todas las instancias, en las políticas, las administrativas, jerárquicas y hasta en las familiares. Mariano Álvarez, en el análisis que hace de los comportamientos clericales en aquel Valladolid, recuerda cómo en algún monasterio de monjas se llegó a posturas radicales entre las partidarias de la tropa francesa y de la española.

Estas diferencias eran conocidas, y el propio Napoleón las publicaba cuando estuvo en la ciudad (enero 1809). A escasos metros de su palacio, en San Pablo, un criado de los dominicos mataba a un soldado francés y arrojaba su cadáver al pozo. El lance fue sonado, lo ha estudiado muy bien el profesor Palomares Ibáñez. La *Gazeta* oficial (14 enero de 1809) difundía todo: cómo "S. M. ha mandado la supresión del convento de dominicos, en el cual ha sido asesinado un francés". En contraste, sigue diciendo lo que equivalía al BOE de entonces, "S. M. ha manifestado su satisfacción a la comunidad de San Benito, cuyos religiosos son sujetos ilustrados que, muy lejos de haber predicado la guerra y el desorden, de haberse mostrado sedientos de sangre y de matanza, han empleado todo su conato y consagrado los esfuerzos más denodados para calmar el pueblo y traerlo a la razón y al buen orden. Muchos franceses les deben su vida".

REPRESIÓN Y PROPAGANDA

La resistencia más eficaz, y la más temida, contra la ocupación francesa fue la mantenida por la acción de por la guerrilla



Foto: José M. Pérez Concellón

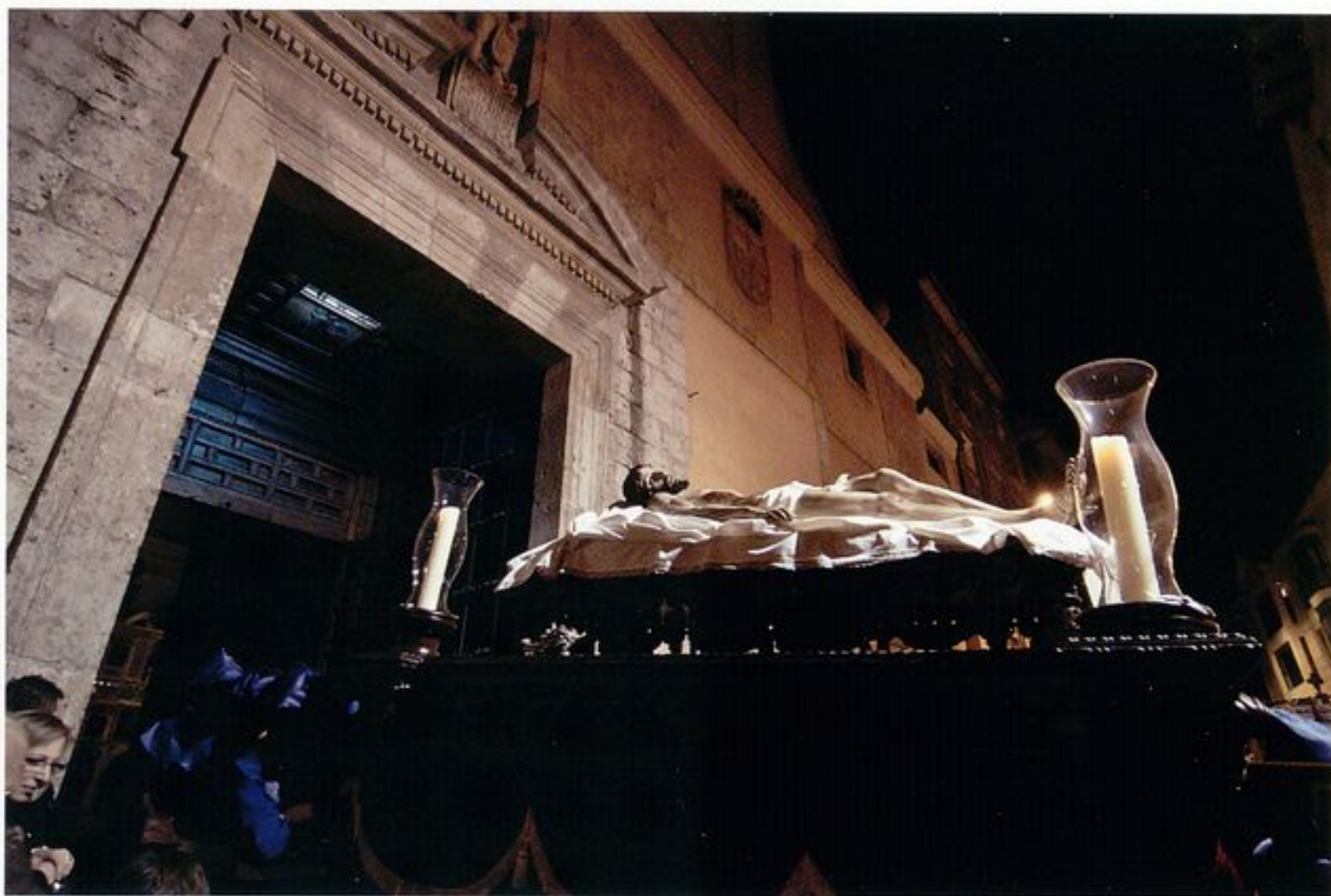


Foto: Pedro J. Muñoz Rojo

variopinta con sus partidas y sus jefes. Es un capítulo de aquella guerra bien conocido gracias a las crónicas que se conservan y a los estudios de Celso Almuiña, Mateo Martínez, Jorge Sánchez. La respuesta por parte de las autoridades ocupantes fue la del castigo y la represión, la de la censura controladora, la de la propaganda.

Justamente el de 1810 fue un año especialmente activo por parte de la temida Junta Criminal (desde la Chancillería): numerosos cómplices de la guerrilla fueron ejecutados, y su presidente, José Vinuesa, se convirtió en personaje el más odiado de aquellos meses agitados (en la reacción posterior sufriría la misma pena que los condenados por su Junta).

La censura se cernió sobre todas las posibilidades de expresión y de oposición: sobre los impresos, sobre los orales tan

influyentes en la opinión pública como eran los sermones, y hasta sobre las poderosas campanas, que fueron silenciadas en sus posibilidades de animadoras al motín y a la resistencia.

Por el contrario, como tenía que suceder en situación de guerra, el de la propaganda fue uno de los quehaceres fundamentales de la autoridad, y hay que reconocer que el responsable supremo, el general gobernador François-Étienne Kellermann, supo esgrimir con cierta habilidad todos los resortes a su alcance. Era un militar de familia, uno de los generales fieles a Napoleón en todos los momentos alternantes del Emperador. Y, tal como actuó en Valladolid, hay que reconocer que tenía ciertas dotes de gobierno. Coincidiendo casi con la semana santa de 1810 se airearon bandos y proclamas como la firmada por el

mencionado Vinuesa reclamando obediencia ciega y reconocimiento a “la generosidad, amabilidad y dulzura del piadoso monarca Don José Napoleón I que la Providencia nos ha destinado” y amenazando a las partidas guerrilleras y mofándose de ellas.

Menudearon otros medios de propaganda más sutiles y no menos eficaces y que revelan cómo había personas prestigiosas e incluso sectores urbanos dispuestos a colaborar con los franceses por interés, por miedo o por deseo de tranquilidad. El más sonoro fue el de la fiesta monárquica. Hubo ocasiones muy especiales para las celebraciones con “tedeums”, misas y los otros integrantes festivos puesto que, como hemos dicho, Napoleón estuvo en Valladolid durante varios días, y José I pasó en repetidas ocasiones de camino a París y de vuelta en 1811, y en la ciudad estuvo con toda su corte en 1813, al final ya de su reinado, durante los meses de marzo a junio (seguramente en la última de las estancias habrá que datar un documento único en España y expresivo de esta propaganda: el escudo con las armas de José I en la portada del templo de San Benito el Real).

LA PRIMERA PROCESIÓN GENERAL DEL VIERNES SANTO

El general gobernador Kellermann seguramente estaba informado de lo que en la historia de la ciudad habían significado las cofradías penitenciales y las procesiones de Semana Santa. Y, naturalmente, supo aprovechar una y otra fuerza religiosa y social para afianzar la imagen de orden, de tranquilidad, de respeto hacia la tradición y

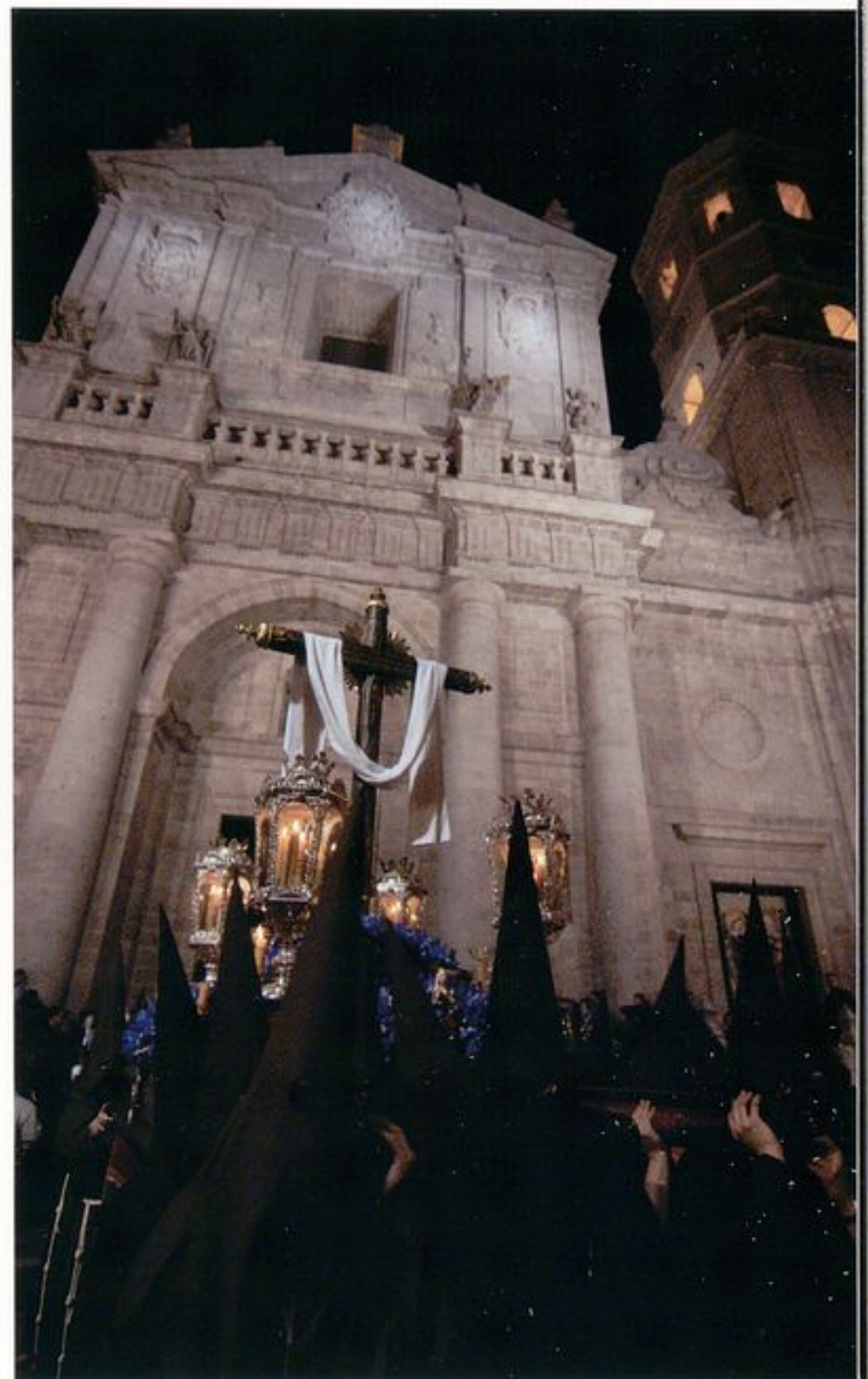


Foto: Pedro J. Muñoz Rojo

hacia la religión. Contaban las autoridades francesas con colaboradores (por no decir colaboracionistas) eficientes y experimentados en estas lides cofradieras y procesionales (no es preciso ni aludir siquiera a la prestancia de la procesión en la vida urbana). Entre éstos se encontraba, nada menos, el comisario de la policía, José Timoteo Monasterio, quien, además, era alcalde de la de las Angustias (y cofrade de las otras cuatro).



Foto: José M. Pérez Concellón

Cofradías penitenciales y procesiones de Semana Santa se encontraban muy lejos de su esplendor barroco y en franca decadencia tras las críticas de los ilustrados del siglo anterior con sus deseos de racionalizar tales expresiones de piedad y por la languidez interna de las propias cofradías, ya con escasos cofrades y con todos los síntomas de anacronía y de vejez. Por unos motivos o por otros, ni procesiones salían en aquel primer tiempo de la Guerra de Independencia. La perspicacia de Kellermann y la docilidad del jefe de Policía, Monasterio, lograron su objetivo político: proyectaron resucitar las procesiones de la Semana Santa tradicionales, pero con estilo y estructura alejados de los antiguos y con carácter moderno. Y así, frente a las procesiones autónomas y numerosas de las cofradías de antaño (que, a la verdad, no

estaban para demasiados alardes), decidieron celebrar solamente una, mucho más solemne, más participada y, a la vez, controlada (además de dirigida) por el poder: la llamada del "Entierro de Cristo" en el viernes santo. Se han insinuado posibles inspiraciones en intentos similares y anteriores de la Audiencia y de la Ciudad. Hubo, en efecto, planes en este sentido, pero se quedaron en eso, en ideas. En 1810 el proyecto se hizo realidad.

De esta procesión famosa se han ocupado todos los historiadores de la Semana Santa de Valladolid desde Juan Agapito, José Delfín del Val y Francisco Cantalapiedra, Mariano Cañas, Enrique Orduña, el autorizado especialista Javier Burrieza (y no son los únicos). Por fortuna, hay fuentes frescas, directas, de aquel acontecimiento excepcional: la narración, más



Foto: José M. Pérez Concellón

objetiva y menos detallada, de Francisco Gallardo; y la otra, más apasionada, redactada al día siguiente de la procesión por quien ejercía de secretario de la cofradía de las Angustias. Con entusiasmo desmedido hacia las autoridades, el caso es que asentó en el Libro de cabildos de su cofradía la crónica precisa de la general del viernes santo en Valladolid, el 21 de abril de 1810.

Habla de que horas antes de las seis de la tarde las calles estaban “llenas de gentes deseosas de ver tan acertada disposición”. Se sabe que el punto de salida fue la iglesia de las Angustias, en cuyo recinto, y recibidos por sus cofrades, se fueron situando pasos y acompañamiento (el del Descendimiento, por su magnitud, tuvo que quedarse a la puerta) desde las cuatro de la tarde. A la hora señalada partió la

procesión del Santo Entierro. Abría del claro de los doctrinos con la cruz, y seguían los de las cofradías con sus efigies y pasos: la pobre de la Piedad, la de Jesús Nazareno, la de la Pasión con el Cristo de las Agonías, la de la Cruz, y la descrita con todo detenimiento, la suya de las Angustias. Estaban presentes los sacerdotes de la ciudad, las autoridades eclesiásticas, las municipales de la ocupación, y militares, muchos militares, es decir, soldados que cerraban la procesión y los que aseguraban el orden fuera de ella o en las bocacalles. Todo muy vigilado por el jefe de policía ya conocido.

La carrera fue la antañona procesional: desde las Angustias, por la Platería a la Plaza Mayor por la “cera de San Francisco”, vuelta por los Orates, detrás de la Catedral por la plazuela de Santa María,

hasta las Angustias de nuevo. Hubo música al menos en tres puntos de los claros.

Enrique Orduña ve la procesión como un recurso del Estado policial en que se hallaba Valladolid. Da la sensación de que el número tan crecido de espectadores no se correspondió con el de cofrades acompañantes, forzosamente escasos por la situación tan decadente de las cofradías penitenciales a aquellas alturas. A pesar de todo ello, fue más que significativo el hecho de que la vida lánguida de las cofradías, la pobreza o inexistencia ya de las procesiones de Semana Santa, tuvieran este momento, aunque efímero, de reanimación y de brillantez. Agapito y Revilla, historiador y protagonista en la re-fundación moderna de cofradías, pasos y pro-

cesiones de Semana Santa, manifestaba su admiración y extrañeza porque “lo que menos podía esperarse sucedió, no obstante, durante el periodo que los franceses dominaban en esta comarca”.

Se interprete como se interprete, aquella singular procesión general del “Entierro de Cristo” del Viernes Santo de 21 de abril de 1810 fue un antecedente (no decimos que con relación causal) de la actual “Procesión General de la Sagrada Pasión del Redentor” en la misma tarde. El cronista que nos ha informado tenía conciencia de lo que suponía aquella novedad que él asentaba con entusiasmo: porque veía “que en años sucesivos será preciso tenerlo presente como modelo de lo que deba ejecutarse a imitación de lo que ahora se ha hecho”.

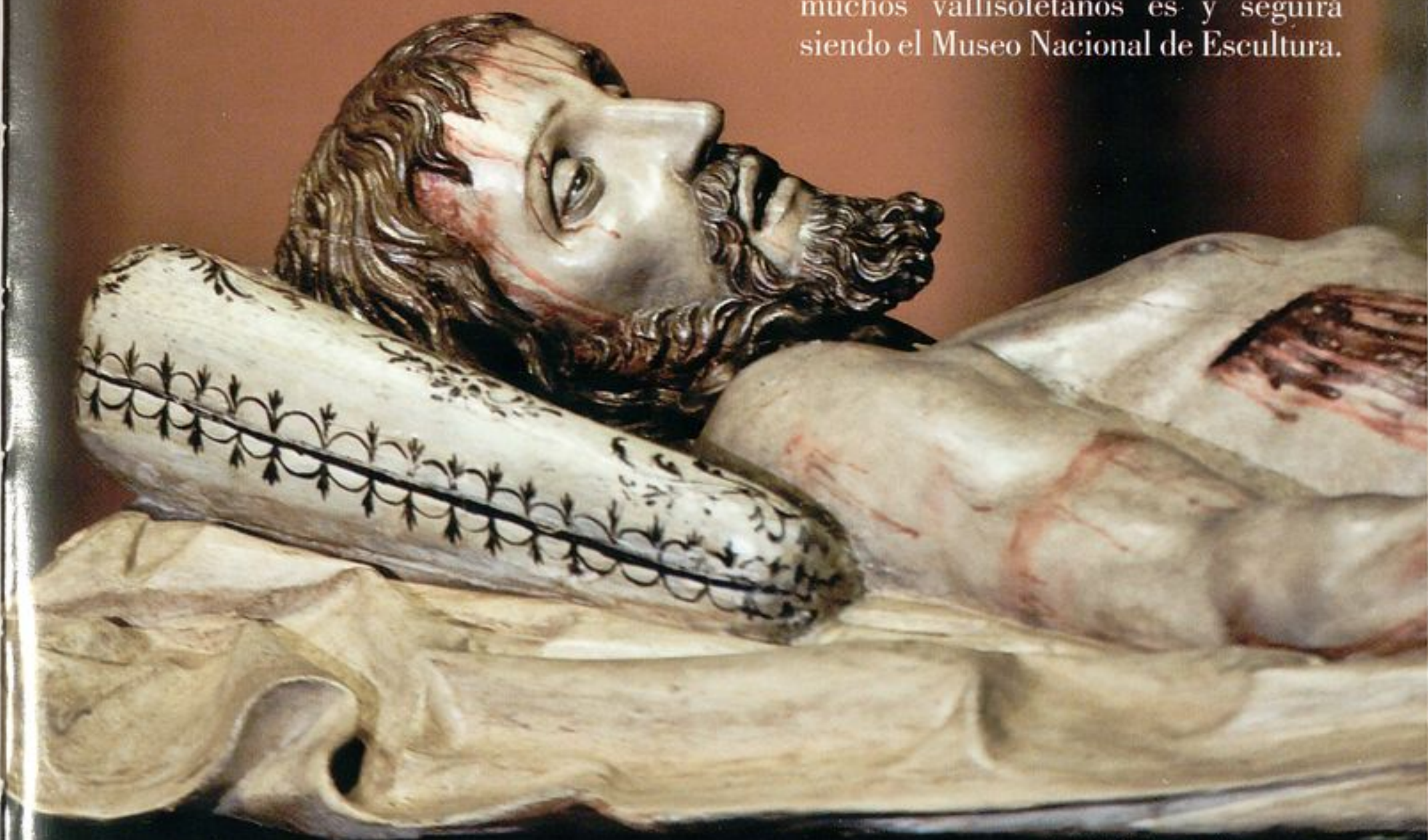


Foto: Pedro J. Muñoz Rojo

Acerca de la escultura procesional vallisoletana

✦ JOSÉ IGNACIO HERNÁNDEZ REDONDO

Si preguntáramos en Valladolid sobre las señas de identidad cultural de la ciudad, con toda certeza muchas de las respuestas llevarían incluida la palabra escultura. Esto se hace aún más evidente cuando se analiza la cuestión desde el punto de vista histórico. Es la escultura lo que diferencia y encumbra a su museo de bellas artes; a pesar de que el inexplicable cambio de su nombre parece que trata de ocultarlo. Para muchos vallisoletanos es y seguirá siendo el Museo Nacional de Escultura.



Una gran parte de ese prestigio se fundamenta en el género procesional. Este tipo de escultura, de composiciones monumentales pensadas para ser contempladas en movimiento y figuras tan peculiares como los sayones, constituye una de las creaciones más originales del arte vallisoletano. Por otro lado, el hecho de que cada año recorran el escenario urbano tallas de grandes escultores que se conservan tanto en las iglesias penitenciales como en el propio museo, ha supuesto un grado de cercanía entre las obras de arte y los ciudadanos que de otro modo hubiera sido difícil de alcanzar. Así lo entendieron los responsables del museo que desempeñaron un papel decisivo en la recuperación de la Semana Santa en los años veinte del siglo pasado.

Hasta llegar a aquel momento, a partir del cual se inicia un periodo de estudio cuyas últimas aportaciones han llegado en

fechas muy recientes, la escultura procesional había estado sometida a una azarosa existencia. La propia renovación que con el transcurso del tiempo se impuso en las cofradías determinó la pérdida de los conjuntos más antiguos, de los que solamente podemos hacernos una idea a través de las descripciones y del único testimonio conservado: el paso de la entrada de Jesús en Jerusalén, perteneciente a la cofradía de la Vera Cruz.

Posteriormente, distintas vicisitudes forzaron a las cofradías a renovar algunas de sus imágenes. Quizás el caso más evidente es el de la cofradía de Jesús Nazareno, obligada a rehacer la mayor parte de sus esculturas tras perder el pleito que se entabló al independizarse del convento de San Agustín en 1676. Pasados cuarenta años, la cofradía tuvo que volver a comprar al convento, a través de un intermediario, dos sayones para poder montar su



Foto: José M. Pérez Concellón

monumental paso de la Crucifixión, conocido como "Sed tengo".

No faltaron otras circunstancias que determinaron pérdidas de esculturas procesionales, como la unión de las cofradías de las Angustias y la Piedad, y algunos accidentes, entre los que se puede señalar la caída en 1696 del paso del Santo Sepulcro por la aglomeración de gente concentrada en el convento de San Pablo. Contrasta con nuestra lógica preocupación por mantener en las mejores condiciones lo que ha llegado hasta nuestros días, la frecuencia con las que se reparaban y, si era necesario, se sustituían las imágenes. Era un arte con una finalidad eminentemente práctica y se admitía con bastante naturalidad el riesgo que se usó comportaba. En cualquier caso, las pérdidas no fueron excesivas y afortunadamente en Valladolid, a diferencia de muchos lugares, se conserva la mayor parte de la escultura realizada con fines procesionales en su periodo de mayor brillantez.

Con todo, desde el punto de vista histórico el hecho más determinante para la situación de los pasos en la actualidad fue la decadencia de la Semana Santa. Desde fechas cercanas a los años centrales del siglo XVIII, son frecuentes las noticias de suspensión de procesiones o de falta de solemnidad en las mismas. La consecuencia para los pasos procesionales fue la reducción del número de tallas que los componían, quedando en varios casos restringidos a la imagen titular. Uno de los ejemplos más sintomáticos de esta situación es la decisión de la cofradía de la Santa Vera Cruz, tomada en 1757, de separar del Descendimiento de Gregorio Fernández la imagen de Nuestra Señora de los Dolores y realizar una copia para el conjunto. En palabras del cabildo de la

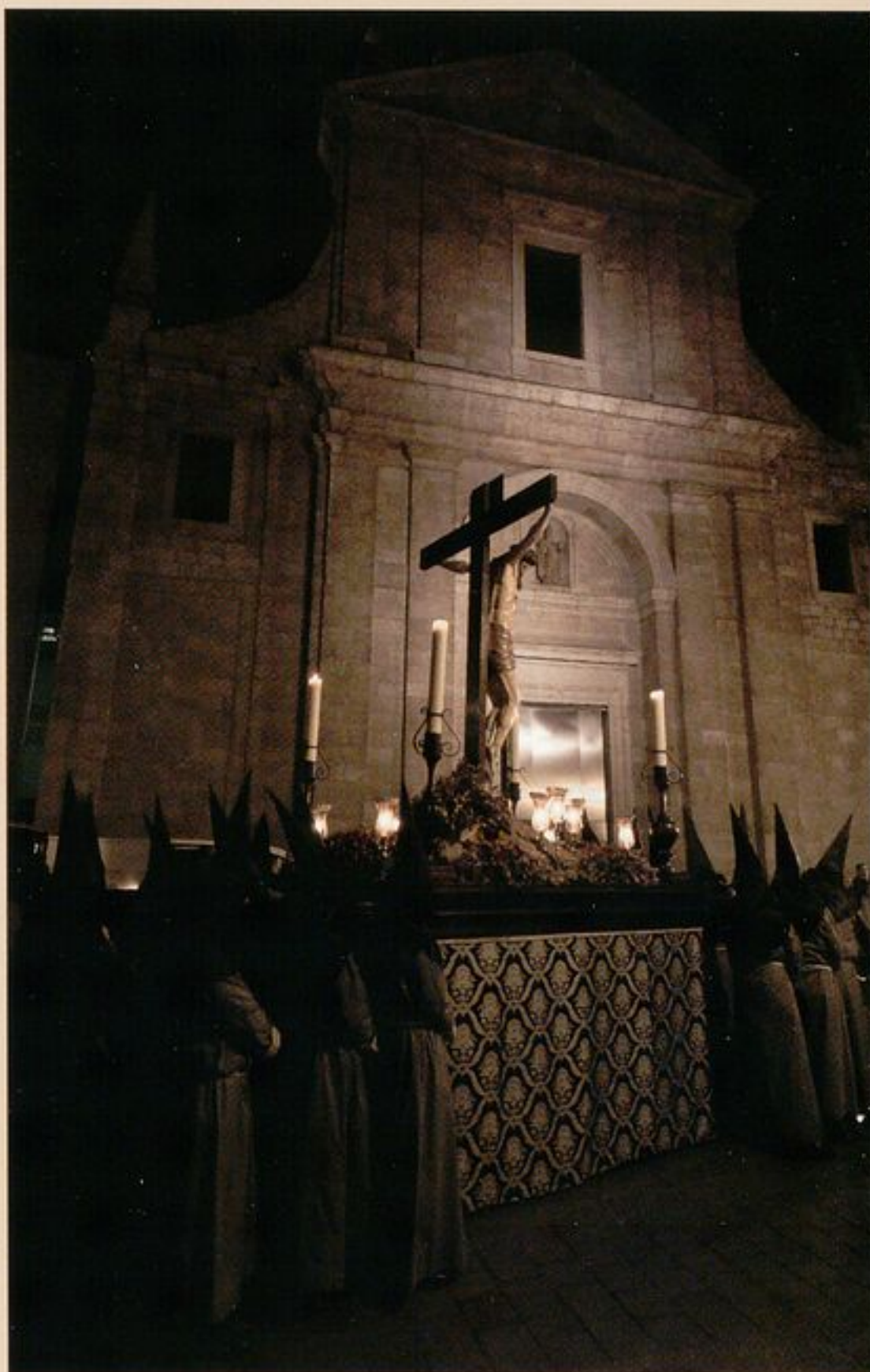


Foto: José M. Pérez Concellón

cofradía, el motivo era garantizar la presencia en las calles de una talla a la que se tenía una particular devoción, *por haber experimentado que muchas veces por falta de gente y su gran volumen (se refieren a todo el paso) no ha podido seguir dichas procesiones.*

En el último cuarto del mismo siglo, los pasos grandes dejaron de ser utilizados con fines procesionales. El buen estado de las tallas titulares se garantizaba con su exposición al culto en las respectivas iglesias penitenciales, pero el resto de

las piezas, las que componían el llamado *historiado* de los pasos, quedaron almacenadas casi siempre en condiciones poco adecuadas, que el transcurso del tiempo iría agravando. En un momento de crisis para el arte procesional, es interesante constatar la inquietud que despertó en las autoridades académicas la conservación de estas esculturas, a las que también entonces se las consideró *de la mayor estimación*.

Encargada la Academia de la Purísima Concepción a través de una real orden de 1802 de velar por su correcta conservación, se realizaron sucesivos informes hasta decidir la Comisión de Monumentos su traslado al museo, efectuado en la mayor parte de los casos tras la desamortización de Mendizábal, concretamente en 1842. Por este motivo todas las piezas que representan a sayones y soldados se conservan en el museo, mientras que las esculturas titulares de los mismos pasos permanecieron en sus cofradías de origen.

En un oficio de unos años antes que la Academia envió al Alcalde de la cofradía de Jesús Nazareno se aportaban entre las razones para el posible traslado *que hace muchos años que las referidas figuras no salen al público ni es presumible que se verifique en lo sucesivo tanto por lo que se ha destruido y no existe cuanto por los gastos que serían necesario hacer para ello y no permiten los fondos*. Es decir, en aquellos momentos se pensaba que los pasos nunca volverían a salir completos y se apelaba a la utilidad pública para justificar la expropiación. Sin embargo, es comprensible que la medida no fuera bien recibida en las cofradías que incluso marcaron muchas de las piezas para que no se olvidase su procedencia.

El ajetreado movimiento de obras artísticas que provocó la desamortización de Mendizábal produjo un curioso reencuentro. El Crucificado titular del paso Sed tengo, obra de Gregorio Fernández, había quedado en el convento de San Agustín tras el pleito con la cofradía de Jesús Nazareno, antes mencionado. Para sustituirlo, la cofradía encargó otra notable escultura en 1684 al escultor Juan Antonio de la Peña, conocida como el Cristo de la Agonía. El Cristo original llegó al museo tras la desamortización de los conventos y, pocos años después, se recogieron de la cofradía todos los sayones que componían el paso, incluidos los dos que había tenido que volver a comprar al propio convento. Al cabo del tiempo, cuando se decidió montar de nuevo el conjunto, se recuperó la composición original, aunque no se tenía una completa certeza que el Crucificado hubiera pertenecido al mismo. El ejemplo es toda una prueba de las complejas circunstancias que siempre rodearon a la escultura procesional.

De todos modos, el paso de Sed Tengo fue una excepción, ya que la norma general del proceso fue la pérdida de la unidad en la mayor parte de los conjuntos. Entre ellos se incluyó alguno en el que no figuraban sayones, como el de la Piedad con los ladrones, obra de Gregorio Fernández, que pertenecía a la cofradía de las Angustias. Mientras que el grupo en el que Cristo aparece en el regazo de su Madre fue llevado al Museo junto con los dos ladrones crucificados, en el templo penitencial quedaron las figuras de San Juan y la Magdalena, que en origen formaban parte del mencionado paso y que en la actualidad permanecen expuestas al culto a ambos lados de la Virgen de Juan de Juni.



Foto: Pedro J. Muñoz Rojo



Foto: José M. Pérez Concellón

Al reorganizarse la Semana Santa a partir del año 1922, se trató de reconstruir las escenas con las piezas que hasta entonces se habían conservado, si bien de muchas de ellas se había perdido la memoria de su procedencia exacta. Lógicamente la labor de reconstrucción se llevó a cabo en el Museo, pues era donde se encontraban la mayor parte de las imágenes desde el siglo anterior. La ausencia de varias piezas titulares, que en casi todos los casos se conservaban en las cofradías, fue remplazada con otras tallas que por diferentes circunstancias se encontraban en el museo, cuya iconografía y tamaño permitían su uso en la escena, a pesar de las diferencias que lógicamente siempre se producían con respecto a la imagen original.

De este modo, se produjeron algunas agrupaciones no históricas, posteriormente consolidadas a lo largo del tiempo.

Sería excesivamente prolijo pormenorizarlas todas, por lo que puede bastar como muestra el paso Camino de Calvario, obra de Gregorio Fernández procedente de la Cofradía de la Sagrada Pasión de Cristo, desde entonces presidido por la primitiva talla titular de la Cofradía de Jesús Nazareno, llegada al Museo desde el convento de San Agustín como consecuencia del pleito arriba mencionado.

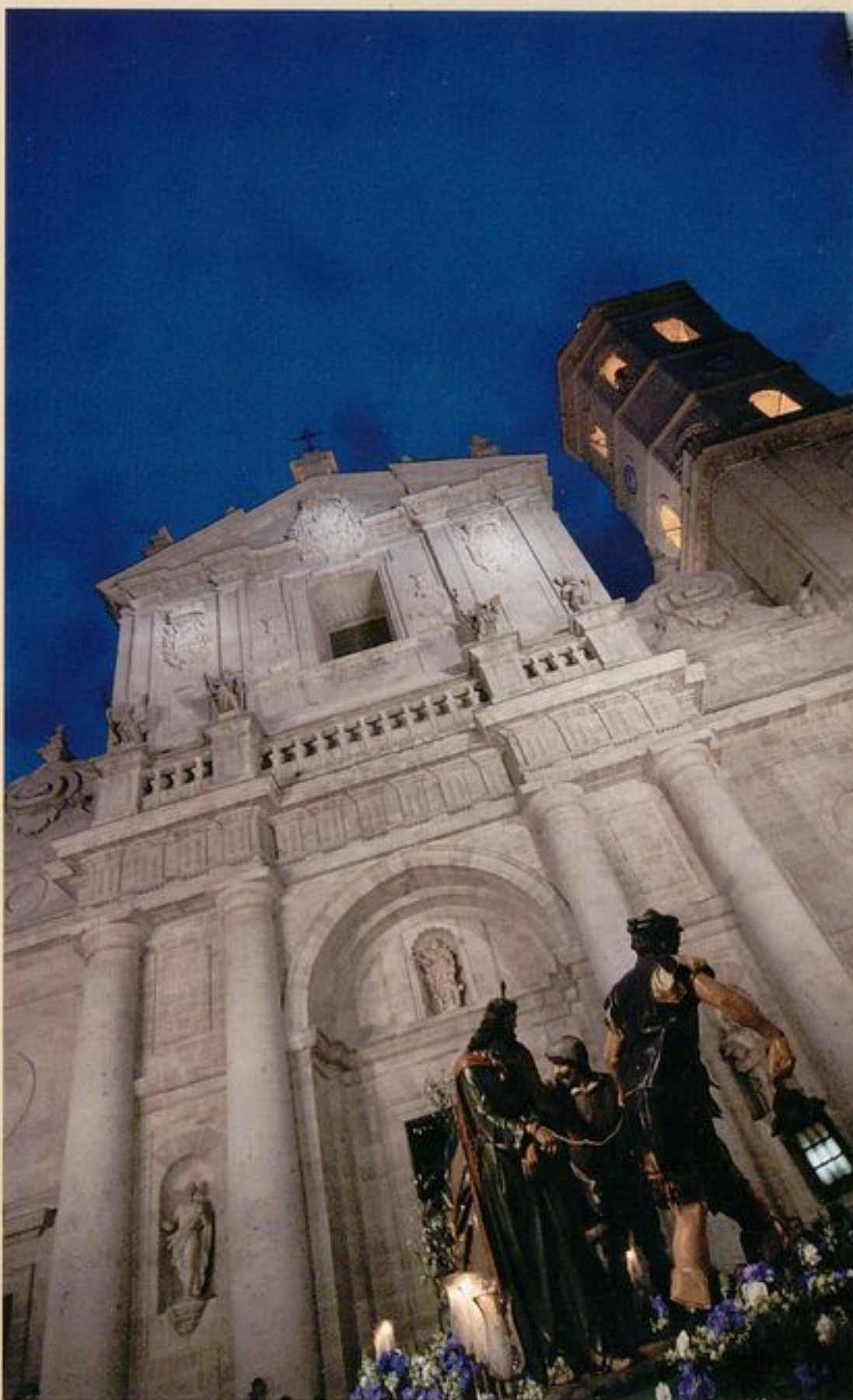
El auge que cobró la Semana Santa a partir de los años cuarenta del siglo pasado produjo la incorporación de varias tallas de altar al uso procesional, que acrecentaron la presencia de esculturas de la mayor calidad. El grupo titular de la Cofradía de la Piedad o el Cristo de la Luz, obras ambas que merecen figurar entre lo mejor de la producción de Gregorio Fernández, son dos de los ejemplos más destacados en una relación en la que figuran nombres de notables escultores como

Francisco Rincón, Francisco Alonso de los Ríos o Pedro de Ávila.

Para responder a determinadas necesidades de las cofradías, tanto de culto en sus sedes como procesionales, especialmente en los últimos años se han ido incorporando diversas tallas contemporáneas que han venido a cubrir ausencias iconográficas o a solucionar determinados problemas de manipulación que podían suponer un riesgo para la conservación de las piezas antiguas. Entre las primeras, cabe mencionar el paso de la Sagrada Cena, concluido por Juan Guraya Urrutia tras un largo proceso en 1958 y considerado ya un clásico de la escultura del siglo veinte realizada con esta finalidad.

Con todo lo que hasta ahora se ha dicho, queda suficientemente demostrada la trascendencia de la escultura procesional vallisoletana. El amplio catálogo de piezas que abarca está repleto de obras de gran valía, varias de ellas ya citadas. Sin embargo, no sería justo concluir este artículo sin mencionar determinadas tallas que, sin ánimo de exagerar, deben ser incluidas entre las obras maestras de la escultura española, tanto por su mérito artístico como por su repercusión en la escultura posterior.

Entre las más antiguas destaca la talla titular de la cofradía de Nuestra Señora de las Angustias, realizada por Juan de Juni en una fecha indeterminada que por razones estilísticas se sitúa en el periodo final del escultor, hacia 1570. La figura de la Virgen se había incorporado a la escultura procesional castellana hacia mediados del siglo XVI a través de una serie de representaciones con el tema de la Piedad, presente en la escultura española desde comienzos del siglo XV. En la propia ciudad de Valladolid se conservan la Piedad



de la Cofradía de la Sagrada Pasión de Cristo o la primitiva titular de la misma Cofradía de las Angustias. Con respecto a ellas, la novedad que supuso la Virgen de Juan de Juni no fue sólo iconográfica al representar a la Virgen sola, con toda la angustia que padeció en el Calvario. Desde el punto de vista formal, se trata de una escultura perfectamente estudiada para ser contemplada desde todos los ángulos, con el interior ahuecado para eliminar peso con vistas a su uso procesional y de tamaño algo mayor que el natural, frente a las medidas sensiblemente inferiores de las piezas citadas anteriormente. A partir de esta obra, ya estaban determinadas las pautas por las que habría de evolucionar la escultura castellana destinada a ser utilizada en las procesiones.

La renovación de la escultura procesional a comienzos del siglo XVII plasmada en los grandes pasos en madera policro-

mada, supuso una gran oportunidad para los talleres del momento, felizmente aprovechada. La serie se inició en el año 1604 con un paso de particular dificultad al representar el instante de la elevación de la Cruz. Encargado por la cofradía de la Sagrada Pasión de Cristo al escultor Francisco Rincón, se conserva en la actualidad en el museo con excepción del Cristo que permanece en la cofradía, de forma que sólo puede contemplarse completo en la procesión del Viernes Santo. Aparte de un inteligente uso de las propias figuras que realizan la acción y de los elementos que emplean en la estabilidad de la cruz en alto, el conjunto aporta novedades como la sujeción de las esculturas al tablero de las andas a través de una barra de hierro introducida en cada una de las piernas que se sujeta con dos pletinas, una en la zona inferior y otra más arriba introducida a través de un orificio practi-



Foto: Pedro J. Muñoz Rojo



Foto: José M. Pérez Concellón

cado en la pierna que posteriormente quedaba tapado.

A nadie se le oculta que fue Gregorio Fernández la gran figura de la escultura procesional castellana. Desde que empezara sus encargos en este género con el paso de Sed tengo para Jesús Nazareno, todas las cofradías que por entonces existían quisieron contar con algún grupo suyo. Aparte de la ya citada, trabajó para la Pasión, las Angustias y, especialmente, para la Vera Cruz. Menor fortuna tuvo la cofradía de la Piedad que le encargó en 1630, en compañía de su ayudante Andrés de Solanes, un paso del Entierro de Cristo, que sólo pudo ser llevado del modelo a la realidad años más tarde, cuando ambos habían muerto.

Resulta difícil destacar alguno de ellos sin tener la sensación de olvidar algo esencial, pero al mismo tiempo es inexcusable citar el monumental paso del Des-

cendimiento de la Vera Cruz, considerado la culminación del género procesional al lograr colocar con verismo el cuerpo de Jesús suspendido en el aire y sujeto por las figuras de José de Arimatea y Nicodemo. Otro tanto ocurre cuando se analizan las figuras individuales que los componen. No se puede omitir la elegancia de la Verónica, la sobriedad del Cirineo y la fuerza expresiva de figuras como el sayón que tira de la soga o el mal ladrón del paso llamado de la Sexta Angustia. Pero, entre todas ellas, es inevitable mencionar la escultura titular del paso del Azotamiento de la Vera Cruz. Para explicar su imponente realismo, es comprensible que con el paso del tiempo se llegara a urdir una legendaria aparición de Cristo al escultor, situándolo por su trabajo cerca de la santidad. Para un escultor como Fernández, no podría haber mayor gloria.

Bibliografía general:

AGAPITO Y REVILLA, J.: *Las cofradías, las procesiones y los pasos de Semana Santa en Valladolid*, Valladolid, 1925.

BURRIEZA SÁNCHEZ, J.: *Cinco siglos de cofradías y procesiones. Historia de la Semana Santa en Valladolid*, Valladolid, 2004.

HERNÁNDEZ REDONDO, J.I.: “La evolución de la escultura procesional castellana en los siglos XVI y XVII: tipologías y materiales”, *Semana Santa de Astorga. Miradas y reflexiones*, Astorga, 2009.

LUNA MORENO, L. y FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, M.R.: Catálogo de la exposición *Gregorio Fernández y la Semana Santa de Valladolid*, Valladolid, 1986.

URREA, J.: “Conservación y Exposición de los Pasos en el Museo”, Catálogo de la exposición *Pasos restaurados*, Valladolid, 2000.



Foto: José M. Pérez Concellón

Pura maravilla de arte...

La Semana Santa de Valladolid en el sentimiento de los poetas vallisoletanos

∞ ÁNGEL M. DE PABLOS

Desde los tiempos pretéritos, la Semana Santa de Valladolid ha sido objeto de atención literaria. Quizás porque la pasión de Cristo tiene mucho que ver con los sentimientos y son los sentimientos quienes mueven el espíritu hacia lo más elevado.





Foto: José M. Pérez Concellón

“Las procesiones de Semana Santa son muchas, y con mucho más orden que las nuestras, de manera que la inferior de ellas es más notable que la mejor que nunca se hiciere en Lisboa”...

Esto es lo que escribía Tomé Pinheiro da Veiga, allá por el año del Señor de 1605, haciendo una comparación entre los ritos procesionales de nuestra ciudad y los que el escritor había vivido en su Portugal natal. Y ya por entonces notaba arrebatada su inspiración este cronista portugués al contemplar, y describir, los pasos que desfilaban en las procesiones vallisoletanas.

...”traen pasos de bulto, de altura proporcionada, los más bellos y hermosos que se pueden imaginar porque estos de Valladolid son los mejores que hay en Castilla, por la proporción de los cuerpos, hermosura de los rostros y aderezo de las figuras”...

Y, por aquel entonces, Pinheiro da Veiga hablaba de esculturas creadas en cartón y lino, de vestidos exteriores hechos de brocado y lino... Aún no habían aparecido los Gregorio Fernández, Juan de Juni, ni todos los maestros de la Escuela Castellana que llenarían nuestras calles de inmortalidad y genio. Por eso no es de extrañar que, ante la contemplación de las figuras que fueron llenando con su belleza y dramatismo las calles de la ciudad, la extraordinaria generación de poetas que la capital de Castilla ofreció al mundo, desde los albores del siglo XX y hasta nuestros días, anegase cada espíritu de sentimientos desde la belleza de sus respectivas inspiraciones y a medida que esa misma Semana Santa se iba acoplando a los distintos tiempos, a las diferentes costumbres y ritos que fue viviendo.

Que Narciso Alonso Cortés, maestro de poetas y poeta él mismo, describiese en dos hermosos cuartetos la intensidad de una mañana de Viernes Santo no es sino, al hilo de nuestras frases anteriores, una consecuencia lógica.

Con voz augusta, con sacro acento,
Llevando al alma divino afán,
bajo la bóveda del firmamento
Siete Palabras resonarán.
Llegad a oírlas. Del Dios que gime
son los jirones del corazón
y a sus transportes de amor sublime
vibran los ecos de redención.

No caben más turbaciones en tan escasos versos. No se puede explicar más, ni mejor, en menos palabras. Ese es el secreto de la poesía, sin duda. Las palabras dejan paso a las emociones y las emociones no necesitan de muchas palabras. En esa misma línea, y para el mismo acontecimiento, escribe Félix Antonio González cuya muerte, reciente, aún nos remueve el ánimo...

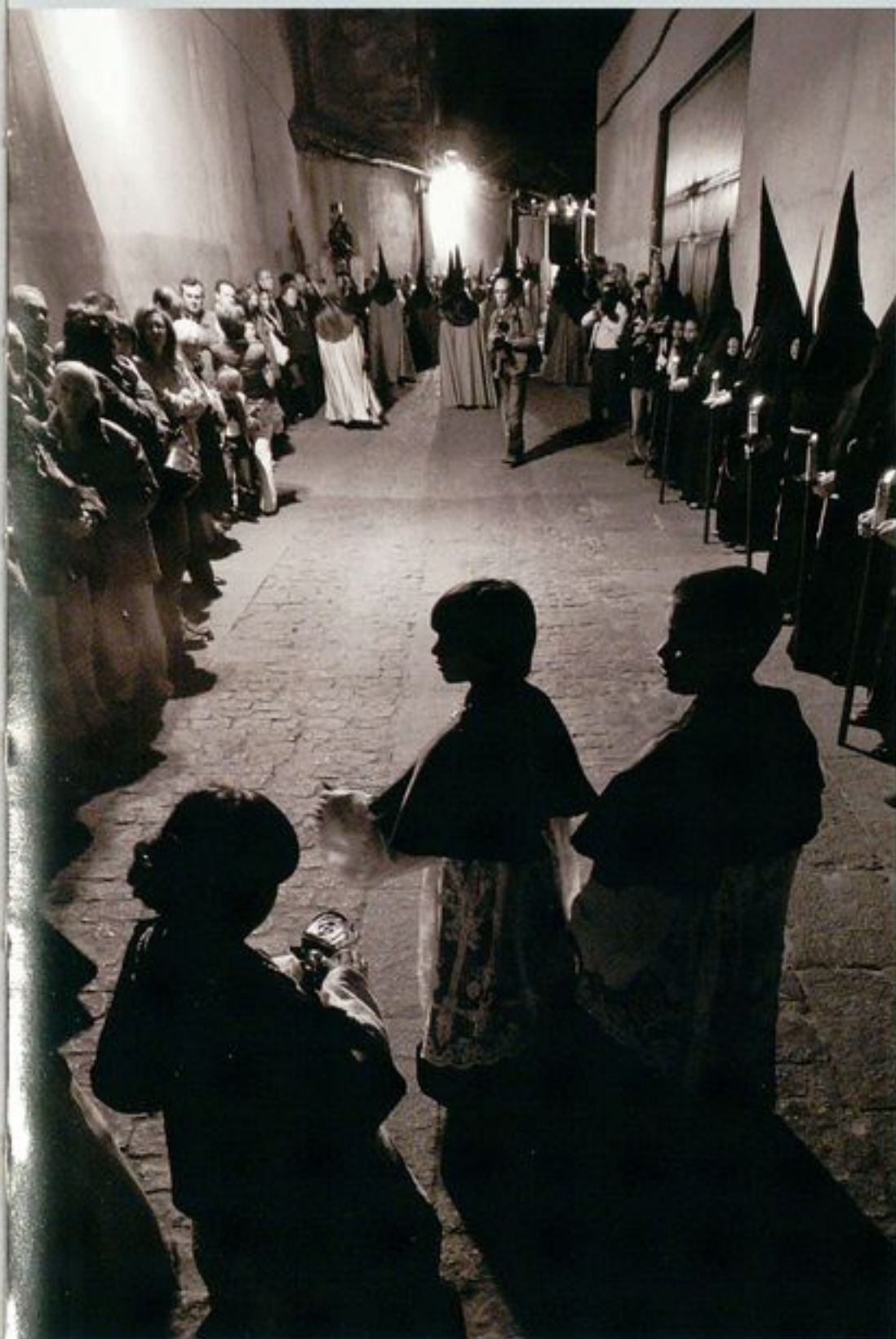


Foto: José M. Pérez Concellón



Foto: José M. Pérez Concellón



Foto: José M. Pérez Concellón

¡Oíd, oíd, oíd!, pueblos dormidos
Siete Palabras presas en el viento,
siete corceles de dolor huidos.

Oíd la voz humana, casi sin aliento,
de los labios más altos desprendidos
de tanta sed y tanto rendimiento.

¡Oíd, oíd, oíd!, pueblos dormidos,
Siete Palabras presas en el viento...
¡Aprestad a su lid vuestros oídos!

Se dice todo en nueve versos que insisten sobre el sueño de los hombres, que repite el mensaje hablado en tan solo siete palabras, que nos pide atención sin necesitar (el sentimiento manda) de muchas palabras. Ni de excesivas concreciones. Por ello, quizás, Manuel Alonso Alcalde escribe de los santos de palo, confundiendo a propósito al hombre con el árbol, a sus mutaciones interiores con la madera, a sus pensamientos con el árbol bronco, siempre nudoso y retorcido...

¡Qué llamas retorcidas, de qué hoguera,
éstas que así se ciñen a mi tronco,
como una encina, como un árbol bronco



Foto: José M. Pérez Concellón

que revuelve en si mismo su madera!
¿Por qué van retorcidos mis anhelos,
no como nobles troncos levantados?...
¿Por qué van tortuosos y angustiados
—espiral ascensión— hacia los cielos?...
¿Por qué no vertical, por qué no erguido
voy, Señor, como un monte a tu llamada?...
¿Por qué siempre nudosos y retorcido?...
¿Por qué sé que te busco y que te quiero
y no voy recto a Ti como una espada?...
¿Por qué, si tengo el corazón certero?

Y otro de los grandes poetas vallisoletanos del pasado siglo, José María Luelmo, habla de su muerte y del Dios que, en vida, es capaz de encontrarle para llenársela de caminos, de huellas en una clara referencia a las imágenes que trazan, en estos días de la Semana de Pasión. Las rutas de tierra y de amor...

Cuando la muerte me busque
decirle que estoy muy cerca
de sus perros aulladores,
que me siguen, que me acechan,
que me tienen a su alcance,
que han descubierto mis huellas,

que en el camino me acosan,
que ya casi soy su presa,
pero que no han de encontrarme
vivo, porque aunque no muera,
ellos me buscan a mi
y un Dios en vida me encuentra
llenándola de caminos,
aunque yo sea sólo tierra,
un poco de amor y un agua
que la riega, que la riega...

Sentimiento de emoción y amor es, del mismo modo, el que provoca la figura de la Madre arrebatada en el dolor. Y ese sentimiento encadena otras pasiones que, a veces, son de tristeza y pena pero que, siempre, mueven al amor. Por eso, Carmen Isabel Santamaría se siente segura al amparo de esa Piedad a la que canta...



Foto: José M. Pérez Concellón

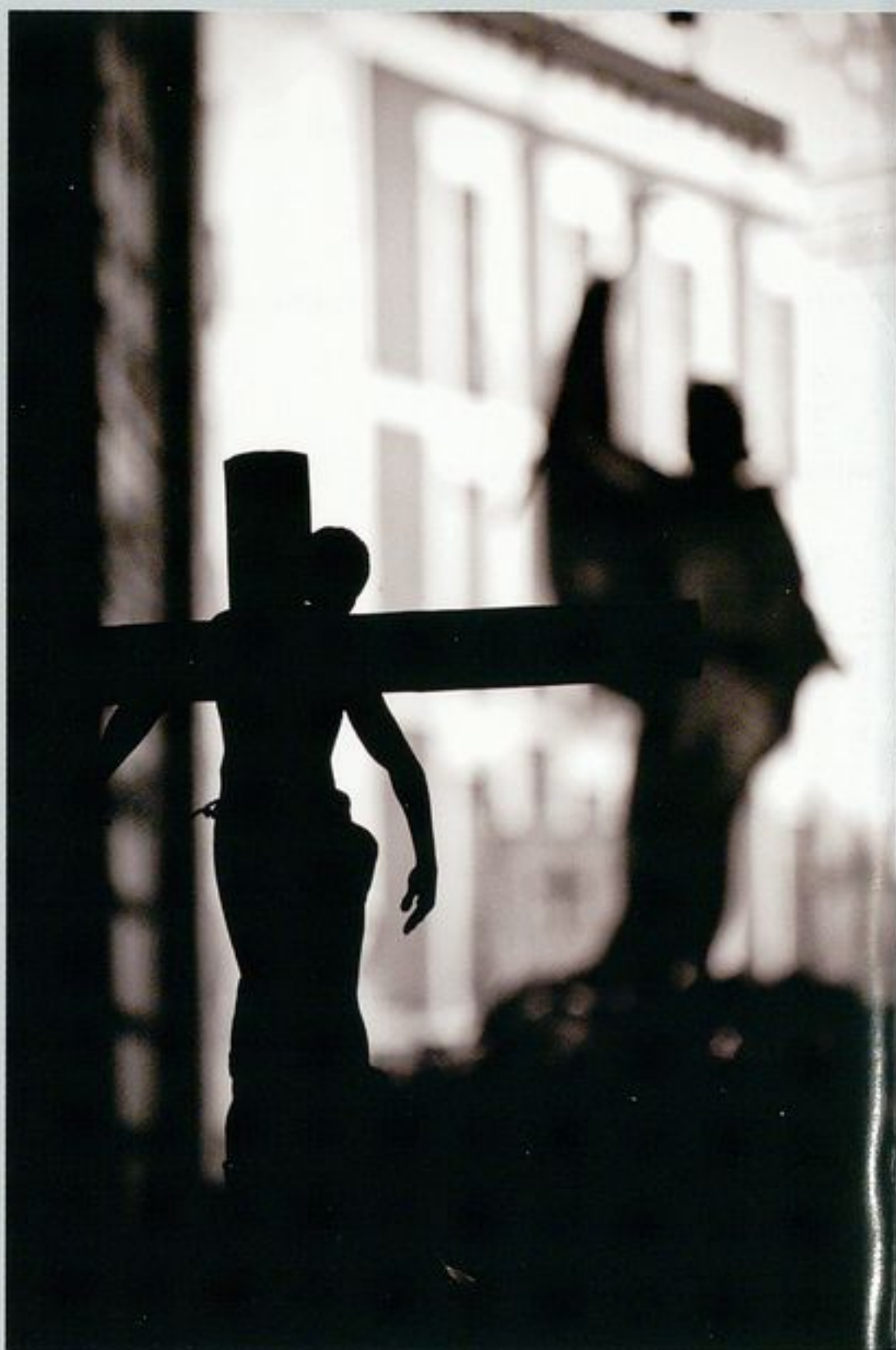


Foto: José M. Pérez Concellón

Contigo nos sentimos más seguros.
 Que es bueno tu cobijo, que hace falta.
 Tu sabes ser, en los momentos duros
 Madre por excelencia, a la que exalta
 con arpegios dulcísimos... -¡tan puros!
 la voz de Dios en su expresión más alta.

Por eso, Rita Recio, durante muchos años la decana de las letras que Valladolid enviaba al mundo, explica que una Virgen en Castilla no es igual que una Virgen en otra parte cualquiera del Universo...

La Virgen en Castilla es Dolorosa,
 tiene la tez terrosa de amargura,
 se aprieta el corazón con mano dura
 y acusa más la espina que la rosa.
 La Virgen en Castilla se desploma
 apoyada en la base de la Cruz,
 envuelta entre pliegues de su manto
 y con una mirada ya sin luz.
 También lucen los pasos en fulgores
 y también hay claveles y faroles
 pero nadie al pasar le echa una flor.
 Solo hay amor en rezo silencioso
 como un respeto a su dolor,
 como un consuelo rumoroso.

Por eso, aquel místico de la poesía local que fue Sergio Fernández, sacerdote humilde y entregado a la pasión del amor en la palabra, vio en la Madre, en la mujer, el símil de la paloma, el símil de nuestra fe...

La paloma venía
 sola y tan alta
 que amanecían cielos
 buscando el Arca.
 La paloma traía
 sol en las alas
 y sueños nunca vistos
 en la mirada.
 Había que sentirla,
 Imaginarla
 y acariciar su vuelo
 en la distancia.
 La tierra se envolvía
 Regocijada
 en un aire de gloria
 y de esperanza.



Foto: José M. Pérez Concellón

Los rumores y el día
se apresuraban
y una Niña por ellos
¡que se asomaba!

La Semana Santa avanza día a día por nuestras calles que a veces se hacen templo, que a veces son Calvario y siempre han sido altares de silencio, capillas de respeto. La Semana Santa avanza y se llega a la procesión del Viernes, compendio intenso de la Pasión que, al discurrir ante los ojos de un poeta como Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña, inspira tantos sentimientos en uno solo... Inspira un sentimiento en unos versos...

Y ya viene tu Pasión,
fuente de fragancia nítida,
donde el supremo contraste
en realidad se culmina,
donde el humano concepto
en espasmos se encastilla,
y el ánimo se amilana
y va el alma de rodillas.

Como las imágenes montadas sobre barcos de luz, los días pasan y pasan las Semanas Santas cada año y pasamos nosotros como pasaron ellos... Seguro que en esta rápida mirada al fuego de los poetas dejo en el andén de la última estación a muchos que sintieron lo que han sentido quienes aquí se asoman. Me dejo a tantos... Jorge Guillén, Martín Abril, Arcadio Pardo, Francisco Pino, Pablo Ares, Santiago Gallego, Godofredo Garabito, Amparo Magdalena,



Foto: José M. Pérez Concellón

Francisco Soto del Carmen, Eumelia Sanz... Los de entonces y los de ahora, los que han sido y los que serán, los que aún no han despertado al verso y los que ya duermen en él... Unos y otros sintieron lo mismo, aunque lo expresaran de diferente forma. Unos y otros se arrebataron ante el desfile de Cristos y Dolorosas, ante el paso de penitentes con capirote, ante la representación de un dolor que es humano y es divino, ante el fuego que dio forma a ese dolor, ante el viento que acaricia las figuras, ante la madera que llora su llanto de resina.

Y es que la Semana Santa de Valladolid es un sentimiento que provoca sentimientos... Es un sentimiento que se pregona como lo pregonó mi padre, Ángel de Pablos Chapado, de cuya inspiración dulce y serena nacieron los versos más hermosos que se han escrito para definir estos siete días especiales de nuestra Semana de Pasión...

Valladolid hecho templo.
Viernes Santo por la tarde.
¡Ay que dolor será el tuyo,
Valladolid que te haces
todo Gólgota y Calvario,
abierto en cruz tu paisaje!

¡Silencio!... ¡Calla!... no puedo
lanzar mi pregón al aire,
que todo está como muerto
y nadie me oiría... ¡nadie!

Valladolid, Viernes Santo.
Pura maravilla de arte.



Nuestros imagineros Gregorio Fernández*

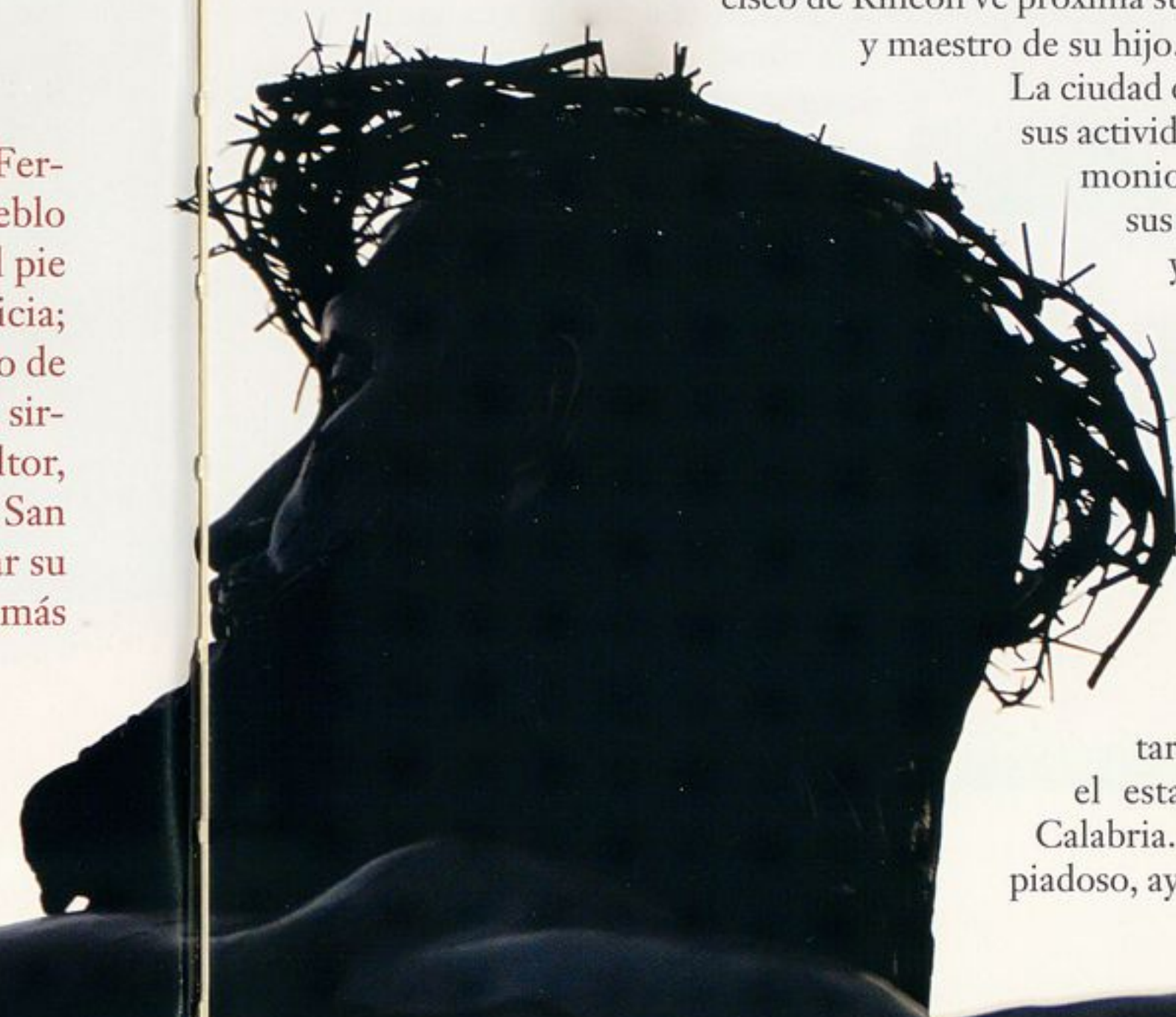
ESTEBAN GARCÍA CHICO

Oscuros resultan todavía los primeros años de Gregorio Fernández. Nada se sabe de sus padres, ni el nombre del pueblo donde tuvo lugar su nacimiento. Una leyenda colocada al pie de su retrato, declara que era natural del reino de Galicia; añade Cean de Pontevedra, y hay quien le supone oriundo de Valladolid. Ahora bien, el año se puede fijar hacia el 1576, sirviendo de base la declaración hecha por el mismo escultor, con motivo de cierta información abierta por la iglesia de San Ildefonso, el 19 de noviembre de 1610. Antes de estampar su firma, dice «ser de edad de treinta y quatro años pocos más o menos».

Foto: Pedro J. Muñoz Rojo

Las noticias ciertas se refieren principalmente a su estancia en Valladolid. En el taller de Francisco de Rincón recibe las primeras lecciones. De este aprendizaje da cuenta Fray Matías de Sobremonte en su historia inédita del convento de San Francisco de Valladolid; y lo hace después de haber oído de labios de Diego Valentín Díaz, «bien noticioso en artífices de pintura y escultura», un encendido elogio del gran imaginero. Nuevos documentos, nos hablan de la estrecha amistad de ambos artistas; precisamente, cuando Francisco de Rincón ve próxima su muerte, le ruega sea autor y maestro de su hijo.

La ciudad castellana es el escenario de sus actividades; en ella contrae matrimonio con María Pérez; nacen sus hijos Gregorio y Damiana y abre su taller, primero en la calle del Sacramento, más tarde pasa a ocupar las casas principales que fueron de Juni, en la Acera de Sancti Spiritus. Era parroquiano de San Ildefonso y cofrade activo de la penitencial de las Angustias; en la procesión de la tarde del Viernes Santo, lleva el estandarte con Jerónimo de Calabria. Hombre bueno, caritativo, piadoso, ayunaba y se disciplinaba con



harta frecuencia y «entre otros actos ejemplares de mortificación y caridad que ejercitaba –son palabras de Cean Bermúdez– resplandecía el de sepultar a los pobres y costear sus entierros». Vida recoleta dentro del hogar y en el ambiente de intenso trabajo de su taller; jamás interviene como testigo en los pleitos entre artistas. Los documentos nos dan a conocer los nombres de sus discípulos, Miguel de Elizalde, Juan de Beovide, Juan Huloria, Manuel de Rincón, Juan Francisco de Iribarne, Luis Hernández de la Vega... colaboradores con el maestro en los retablos y grupos procesionales. No hay que olvidar que parte de la obra pertenece a sus discípulos, pues no es humanamente posible, por mucha que sea su

facilidad para concebir y destreza para ejecutar, pueda crear en treinta años esa enorme cantidad de esculturas que llevan su nombre y pregonan su fama. La dirección es suya; crea un modelo y lo repite sin omitir detalle. Citaremos como ejemplo la Santa Teresa de Jesús. ¿Cuántas salieron de sus gubias? Con cuánto cariño, con cuánta unción debió crear esa maravillosa colección de escultura lignaria para los conventos carmelitanos. Los frailes tienen palabras de cálido elogio para su obra: «El mejor maestro que estos tiempos se conoce –afirma el Padre Orbea–. Muerto este hombre, no ha de haber en este mundo dinero con que pagar lo que deja hecho». Las penitenciales le encargan sus grupos escultóricos. Después de la oración sagrada venía, como anillo al dedo, el lenguaje plástico del “paso”, episodio divino narrado con perfiles humanos y de un profundo sentido educador. Entre los artistas de la escuela vallisoletana, tenía la primacía en este género de escultura. No había cofradía que no ostentase con orgullo alguna imagen

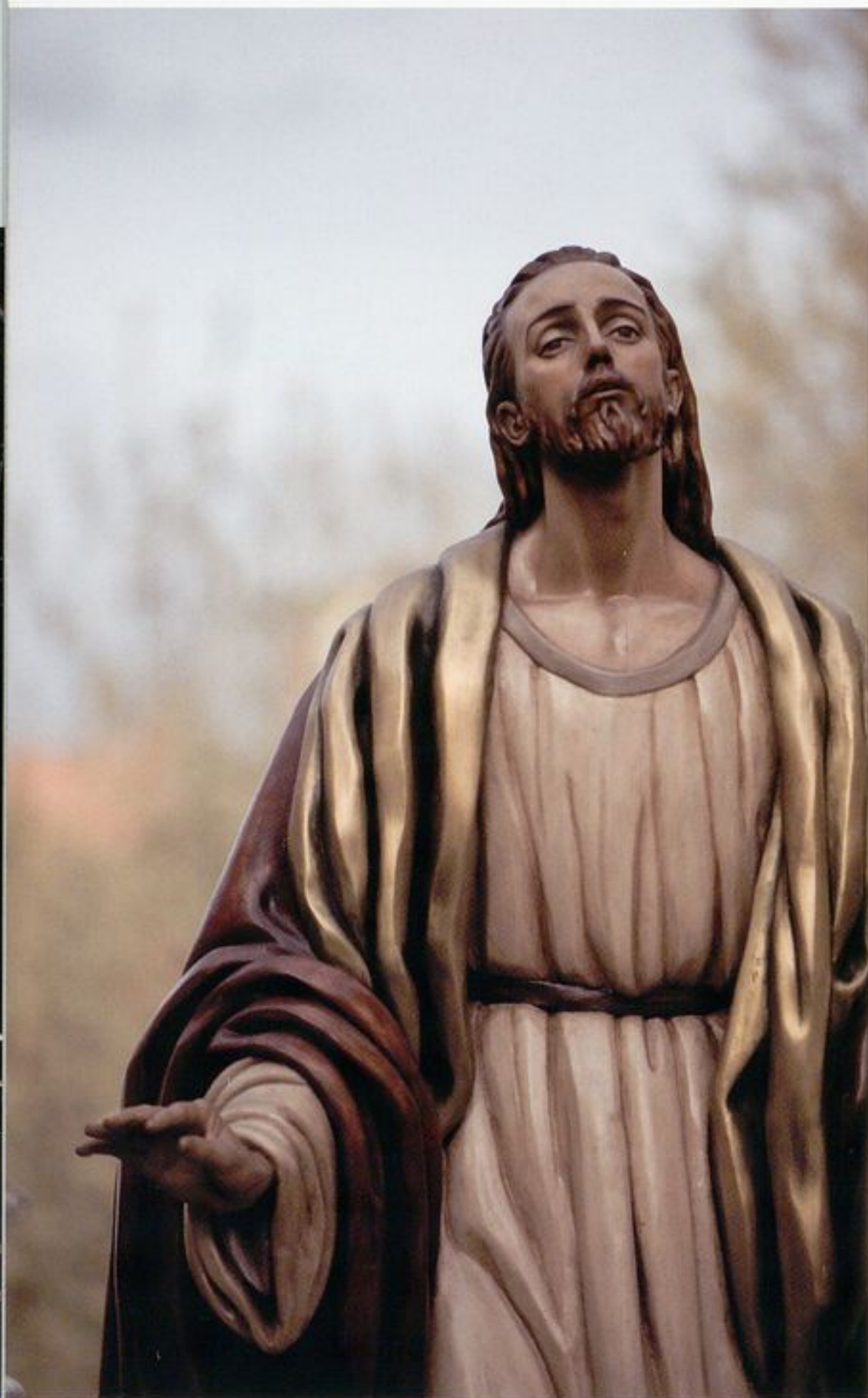


Foto: José M. Pérez Concellón

labrada en su taller y menos pueblo, por apartado y humilde, que no hubiera recibido, como bendición del cielo, el arte soberano de sus gubias. Era imposible llegar como él, a lo sublime en la expresión de ciertos sentimientos. Claro es, que para transmitir la emoción pura del dolor de la Virgen al pie del leño santo, era menester que el alma estuviera revestida de armiño en el preciso momento de sentirla. Lo que sentía, lo que pensaba, quedó plasmado con trazos indelebles en sus Vírgenes y sus Cristos, donde la perfección artística queda eclipsada ante la intensa unción religiosa. Varias leyendas han florecido en torno de sus principales figuras. Cuentan sus contemporáneos que la imagen de Jesús de la columna le habló al maestro antes de abandonar el taller. Leyendas ingenuas que muchas veces proyectan más luz que cien documentos. En las obras de reposo gustaba de la lectura de libros devotos; los de Fray Luis de Granada eran cantera inagotable, a ellos acudía cuando llegaba el encargo de un "paso". Consecuencia lógica, quien hace cosas de Cristo, con Cristo debe de estar de continuo... En la Navidad adoleció de tan grave mal, que a poco de un mes —el 22 de enero de 1636—, acabó el curso de sus días. Fue sepultado en la iglesia conventual del Carmen Calzado, cerca de la capilla mayor. No hubo ningún artista que no llorase su muerte.

Tenemos en nuestro poder su rara efigie, sin duda debida a los pinceles de Diego Valentín Díaz, y sobre todo sus esculturas, donde late con anhelos infinitos su espíritu genial.

* Artículo publicado en la revista *Imaginería Castellana*. Semana Santa de Valladolid, 1953.

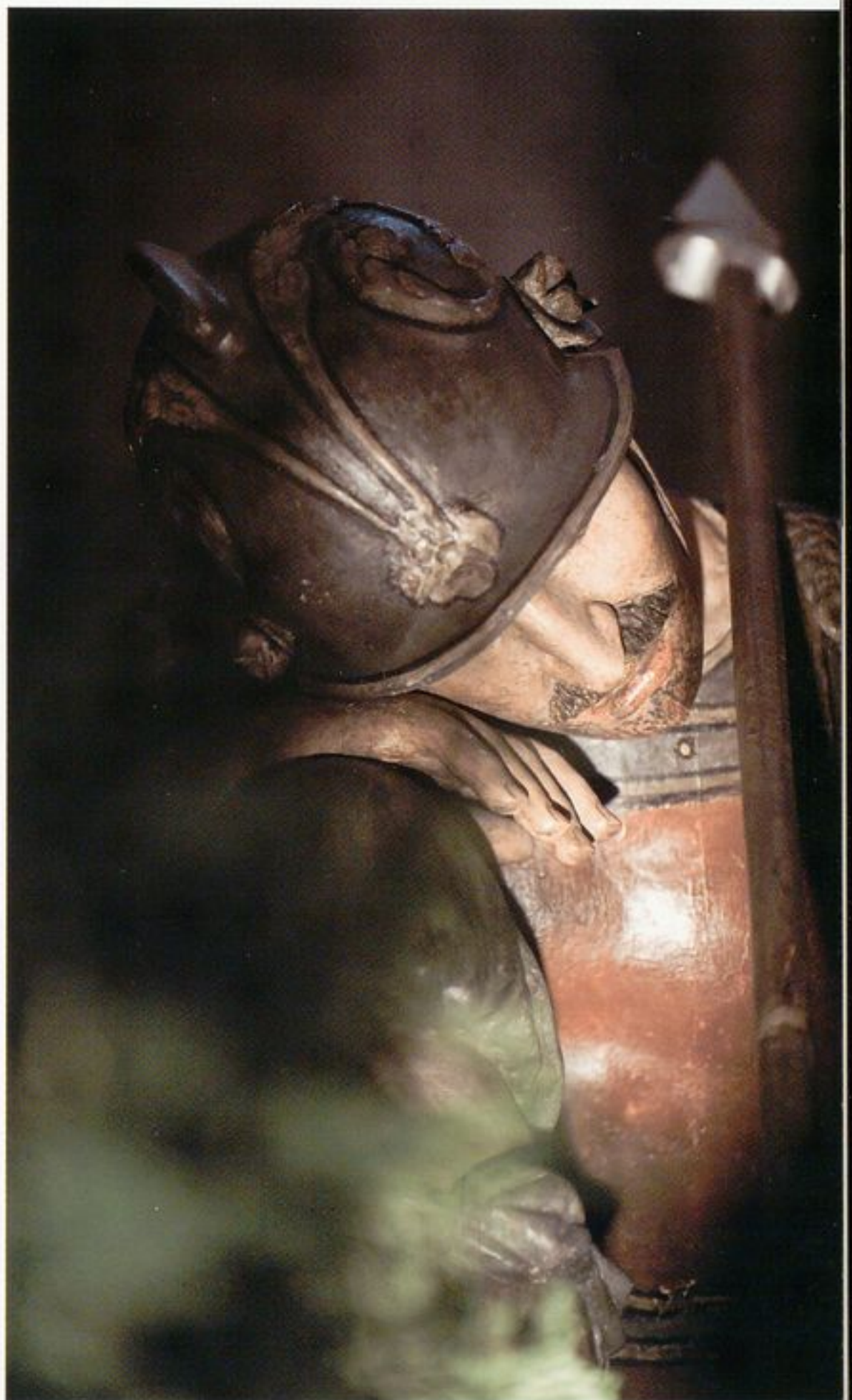


Foto: José M. Pérez Concellón

Semana Santa de Valladolid: ¿Es una manifestación religiosa?

+ BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA,
Arzobispo de Toledo. Primado de España

Semana Santa de Valladolid: ¿Es una manifestación religiosa? ¿Se puede hablar de una visión religiosa de la Semana Santa vallisoletana? Yo no hablaría de la visión religiosa de la Semana Santa. Esa perspectiva puede ser equívoca y puede confundir a la gente, pues la cultura dominante, que engloba a mucha gente incluso metida en el mundo semanatero, piensa que, en una sociedad democrática y plural, turística y comercial, también la Semana Santa puede considerarse desde varios puntos de vista, sin determinar cuál es el específico y genuino. Esta visión la llaman algunos "antropología cultural de la Semana Santa". Yo no estoy de acuerdo con ese punto de vista, y no cuentan conmigo para esa mixtura.



Foto: Pedro J. Muñoz Rojo

Me explico: no niego que la Semana Santa tenga también otros aspectos, que no carecen sin duda su interés. ¿Quién no entiende que esa semana supone una actividad económica y de grandes relaciones personales, de posibilidades de que Valladolid sea conocida y apreciada, de emociones estéticas de calidad, de “vender imagen” en definitiva? Pero durante los casi siete años como Arzobispo de Valladolid he repetido hasta la saciedad que la Semana Santa no son los desfiles procesionales, muy apreciados por mí mismo, por otra parte; éstos no deben ni pueden entenderse sin la Liturgia de la Iglesia Católica, de la que nacen. Muchos siglos antes de haber procesiones de Semana Santa, los cristianos celebraban la Cuaresma como preparación al Triduo Pascual y a los cincuenta días de la Pascua.

La Semana Santa hay que entenderla ante todo, por tanto, tal y como nació: la conmemoración de la muerte, sepultura, resurrección y ascensión al cielo de nuestro Señor Jesucristo. A partir de esta óptica, todas las demás perspectivas son lícitas e interesantes, pero sin este presupuesto desvirtuamos el tema y hacemos de las procesiones lo que no fueron ni lo que deben ser: continuidad fuera del templo del misterio celebrado en la Liturgia. También de este modo se entienden los desfiles procesionales tan hermosos de Valladolid. Ahí está la verdadera piedad del Pueblo cristiano. Lo dijo con su claridad Pablo VI:

Queremos referirnos ahora a esa realidad que suele ser designada en nuestros días con el término de religiosidad popular. Tanto en las regiones donde la Iglesia está establecida desde hace siglos, como en aquellas donde se está implantando, se descubren en el pueblo expresiones particulares de búsqueda de Dios y de la fe. Consideradas durante largo tiempo como menos puras, y a veces despreciadas, estas expresiones constituyen hoy el objeto de un nuevo descubrimiento casi generalizado (...). La religiosidad popular, hay que confesarlo, tiene ciertamente sus límites. Está expuesta frecuentemente a muchas deformaciones de la religión, es decir, a las supersticiones. Se queda frecuentemente a un nivel de manifestaciones culturales, sin llegar a una verdadera adhesión de fe. Puede incluso conducir a la formación de sectas y poner en peligro la verdadera comunidad eclesial.

Pero cuando está bien orientada, sobre todo mediante una pedagogía de evangelización, contiene muchos valores. Refleja una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer. Hace capaz de generosidad y sacrificio hasta



Foto: José M. Pérez Concellón

el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante (Evangelio Nuntiandi, 48).


Yo he vivido esta religiosidad profunda en Valladolid durante siete años. Desde 2003, en que tuve el precioso encargo de pronunciar el Sermón de las Siete Palabras de nuestro señor Jesucristo, nuestro bien, en la Plaza mayor, hasta el último año 2009, en que viví la Semana Santa con un sentimiento especial de despedida, pues ya sabía desde unos días antes la decisión de su Santidad Benedicto XVI de fuera Arzobispo de Toledo. Creo que conozco bien el sentimiento profundo de tantas Cofradías y de tantos cofrades en esos días de la Semana Santa; he sentido el silencio religioso y la hondura de tantos vallisoletanos desde el Viernes de Dolores hasta el Domingo de Resurrección, en esos días la comunidad cristiana, la Iglesia de Valladolid está en la calle tras las celebraciones en los templos, y la calle se hace templo en las estaciones de penitencia y otras procesiones típicas.

Me impresionaron siempre las procesiones en la media noche con las bellísimas imágenes; también las peculiaridades de cada procesión. Por todo ello, permitidme un recordatorio: tenéis la responsabilidad de mantener el sentido cristiano, católico, de vuestros desfiles procesionales. Las Cofradías no son para el lucimiento de nadie, ni para las genialidades o protagonismos de nadie, ni están al servicio de ningún interés particular, ni de nin-

guna apetencia de poder. Sois de Cristo y para Cristo; sois de la Iglesia y para la Iglesia, y estáis al servicio de su Evangelio y de la misión de la Iglesia. Vuestro único interés es la gloria de Dios, el bien de los hombres, el surgimiento, crecimiento y fortalecimiento de la fe, la extensión de la Iglesia; sois una de las presencias de los cristianos laicos en la vida del mundo, para hacer posible un nuevo tejido social impregnado por el Evangelio.

Desde el aprecio que os tengo; apoyado en el trabajo y ciertas tribulaciones que he vivido para que esa Semana Santa de la querida ciudad de Valladolid fuera cada día mejor y más hondamente vivida, os saludo desde Toledo y os deseo una Feliz Pascua en el Señor.

Maneras

 FRANCISCO CANTALAPIEDRA

Me piden que escriba unas líneas sobre la Semana Santa de Valladolid desde la calle, desde la acera; como la vería una persona no demasiado familiarizada con los aspectos religiosos que lleva aparejados. Y hay muchas maneras de verla; tantas, como formas de sentirla, que no siempre guardan relación con la espiritualidad de cada uno sino con el estado de ánimo. Confieso que con el paso del tiempo ha ido cambiando mi concepción de este impactante museo de arte puro en plena calle. Así, cuando empecé, en la década de los setenta, la aventura de escribir mi primer y único libro sobre el tema con mi colega y amigo José Delfin Val, la Semana Santa era un espectáculo que pasaba por delante de mis ojos (a veces, también, de la cámara de fotos) sin más “obligaciones” que retratarlo lo mejor posible. Mucho antes de esa mirada profesional, los desfiles eran la disculpa para sacar de casa la silla y atarla junto a otras para contemplar desde muy abajo y con los ojos asombrados de un niño, unas procesiones que, al menos a mí, me daban cierto miedo. Puedo, pues, decir, que la Semana Santa primero despertó mi miedo y más tarde mi profesionalidad, porque el trabajo había que hacerlo, y además en días muy concretos aprovechando los desfiles procesionales.

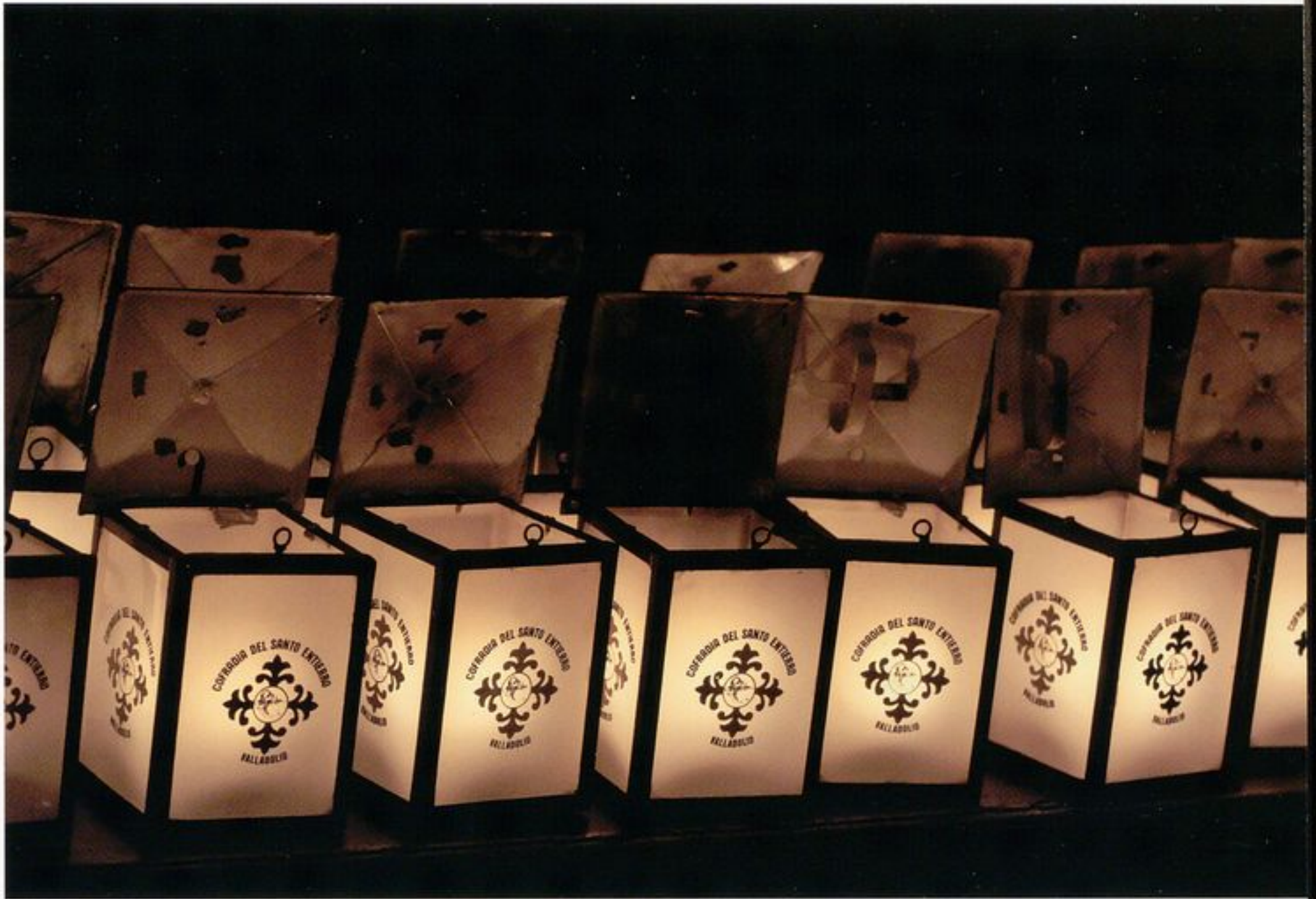


Foto: Pedro J. Muñoz Rojo

Sin pretenderlo, a partir del libro me convertí en un “experto”, aunque confieso que sigo sin entender las razones, ya que el verdadero entendido era, y sigue siendo, mi colega, del que tantas cosas aprendí. Durante esa fase, que se prolongó durante varios años, la Semana Santa tenía mucho de acto social y como tal la percibía y la enseñaba a quienes venían a verme. O sea, que había perdido el miedo, no necesitaba la profesión, y los desfiles eran actos sociales donde participaba mucha gente: cofrades y no cofrades.

Más tarde todavía, me fue llamando cada vez más la atención la hermosura de la madera tallada y policromada, esos

Cristos con heridas que duelen; esas Vírgenes de infinita tristeza; esos sayones de rostros duros que azotan, se burlan o se juegan la túnica de Jesús a los dados. En esa época empecé a presumir de lo poco que sabía y, fundamentalmente, de la belleza creada por los imagineros más grandes del mundo. Ciertamente es que en esta última “reconversión” intervino poderosamente una cierta capacidad viajera, lo que me permitió descubrir que como lo de casa no hay nada. He tenido la suerte de estar en Sevilla, en Córdoba, en Granada o en Zamora, por citar solamente cuatro lugares de la geografía nacional, y reconociendo los méritos semanasante-



Fotos: Pedro J. Muñoz Rojo

ros de cada uno de ellos me quedo con “lo mío”. Me sobrecogen los desfiles zamoranos por esa reciedumbre castellana tantas veces repetida; me encantan las saetas, las lágrimas, los desmayos o la incertidumbre de saber cuándo acabará esa procesión que empezó a las cinco de la tarde y veinte horas después continúa dando vueltas. Todo tiene su encanto. Todo tiene su tristeza. Todo tiene su sentido. Pero..., que nadie me quite mis desfiles de Valladolid. Que nadie me quite el conjunto de la Procesión del Viernes, tan seria, tan bien montada, tan completa; que nadie me quite el tañido de esa campana o el sonido de las capas

que barren el suelo acompañando a un Yacente.

A veces tengo que explicar en qué creo, sobre todo cuando se trata de hablar de la Semana Santa. Y me molesta, porque como digo siempre (también ahora), hay muchas maneras de verla desde la calle, desde la acera, desde la óptica de una cámara, desde una ventana mientras se retransmite un desfile para la radio o desde una unidad móvil de televisión.

A todos esos que me preguntan por mis creencias suelo decirles lo mismo: ¿qué importa lo que yo crea? Pregúntame qué me emociona.



Cofradías y Pasos

participantes en la procesión de la Sagrada Pasión del Redentor



- **Cofradía Penitencial y Sacramental de la Sagrada Cena [1940]**

Iglesia Parroquial de San Pedro Apóstol

Paso 1. Jesús de la Esperanza

[Juan Guraya Urrutia, 1946]

Paso 2. La Sagrada Cena

[Juan Guraya Urrutia, 1958]

- **Cofradía Penitencial de la Oración del Huerto y San Pascual Bailón [1939]**

Iglesia Conventual del Corpus Christi

Paso 3. La Oración del Huerto

[Andrés Solanes, h. 1629]

Paso 4. Prendimiento de Jesús en el Huerto de los Olivos

[Miguel Ángel Tapia, 1995]

- **Cofradía de Nuestro Padre Jesús Resucitado, María Santísima de la Alegría y las Lágrimas de San Pedro [1959]**

Iglesia Conventual de Ntra. Sra. de Porta-Coeli

Paso 5. Las lágrimas de San Pedro

[obra atribuida a Pedro de Ávila, h. 1720]

- **Hermandad Penitencial de Nuestro Padre Jesús atado a la columna [1930]**

Iglesia Conventual de Santa Isabel de Hungría

Paso 6. Preparativos para la Flagelación

[José A. Hernández Navarro, 2004]

Paso 7. El azotamiento del Señor

[escuela castellana, h. 1650]

Paso 8. El Señor atado a la columna

[Gregorio Fernández, h. 1619]

- **Hermandad del Santo Cristo de los Artilleros [1944]**

Iglesia Penitencial de la Santa Vera Cruz

Paso 9. Ecce-Homo

[Gregorio Fernández, h. 1620]

- **Insigne Cofradía Penitencial de Nuestro Padre Jesús Nazareno [1596]**

Iglesia Penitencial de Nuestro Padre Jesús Nazareno

Paso 10. Nuestro Padre Jesús Nazareno

[escuela castellana, último tercio del siglo XVII]

- **Cofradía del Santo Cristo del Despojo [1943]**

Iglesia Parroquial de San Andrés Apóstol

Paso 11. Camino del Calvario

[Gregorio Fernández, 1614; la imagen de Cristo, atribuida a Pedro de la Cuadra, 1600-1620]

Paso 12. Preparativos para Crucifixión

[Juan de Ávila, 1679]

Paso 13. Santísimo Cristo despojado

[José Antonio Hernández Navarro, 1993]

- **Cofradía Penitencial de la Sagrada Pasión de Cristo [1531]**

Iglesia del Real Monasterio de San Quirce y Santa Julita

Paso 14. Santísimo Cristo del Perdón

[Bernardo del Rincón, 1656]

- **Cofradía de la Exaltación de la Santa Cruz y Ntra. Sra. de los Dolores [1944]**

Iglesia Parroquial de Nuestra Señora del Carmen [Delicias]

Paso 15. La elevación de la Cruz

[Francisco del Rincón, 1604]

• Cofradía de las Siete Palabras [1929]

Iglesia Parroquial de Santiago Apóstol

- Paso 16. Padre, perdónales porque no saben lo que hacen
[la figura de Cristo es obra de Gregorio Fernández, h. 1610
- Iglesia parroquial de Laguna de Duero]
- Paso 17. Hoy estarás conmigo en el Paraíso
[anónimo, primer cuarto del siglo XVII]
- Paso 18. Madre, ahí tienes a tu hijo
[figura de Cristo, de Francisco de Rincón; la Virgen y San Juan, de Gregorio Fernández, siglo XVII]
- Paso 19. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?
[anónimo, segundo cuarto del siglo XVI]
- Paso 20. Sed tengo
[Gregorio Fernández, 1612-1616]
- Paso 21. Todo está consumado
[Cristo, anónimo del siglo XVII; la Virgen, San Juan, y María Magdalena, de seguidores de Gregorio Fernández, h. 1650]
- Paso 22. En tus manos encomiendo mi espíritu
[Cristo, de Pompeyo Leoni; los dos ladrones copia de los de Gregorio Fernández, conservados en el Museo Nacional Colegio de San Gregorio]

• Hermandad universitaria del Santísimo Cristo de la Luz [1941]

Capilla del Colegio Mayor Santa Cruz

- Paso 23. Santísimo Cristo de la Luz
[Gregorio Fernández, h. 1630]

• Venerable Cofradía de la Preciosísima Sangre de Ntro. Señor Jesucristo [1929]

Iglesia Parroquial de Santa María de la Antigua

- Paso 24. Santísimo Cristo de la preciosa sangre
[Lázaro Gumiel, 1953]

• Cofradía el Descendimiento y Santo Cristo de la Buena Muerte [1939]

Iglesia parroquial de San Miguel y San Julián

- Paso 25. El Descendimiento
[Gregorio Fernández, 1623; la figura de la Virgen fue realizada en 1757]

• Cofradía Penitencial de la Santa Vera Cruz [1498]

Iglesia Penitencial de la Santa Vera-Cruz

- Paso 26. Nuestra Señora de la Vera-Cruz
[Gregorio Fernández 1623]

• Cofradía de Nuestra Señora de la Piedad [1578]

Iglesia Conventual de las Descalzas Reales [sede provisional]

- Paso 27. Cristo de la Cruz a María
[escuela de Gregorio Fernández, h. 1642]; el cuerpo de José de Arimatea es obra de José Antonio Saavedra, 1995]
- Paso 28. La Quinta Angustia
[Gregorio Fernández, h. 1625]

• Cofradía de la Orden Franciscana Seglar V.O.T. [finales del siglo XVI]

Iglesia Parroquial de la Inmaculada Concepción

- Paso 29. La Santa Cruz desnuda
[Francisco Fernández León, 1993]

• Cofradía del Santo Entierro [1930]

Real Monasterio de San Joaquín y Santa Ana

- Paso 30. Cristo yacente
[Gregorio Fernández, obra de taller, 1631-1636]

• Cofradía del Santo Sepulcro y del Santísimo Cristo del Consuelo [1945]

Iglesia Conventual de San Benito

- Paso 31. Santo sepulcro
[Alonso y José de Rozas; durmientes y ángeles, último cuarto del siglo XVII; Yacente y Urna, anónimo h. 1630]

• Ilustre Cofradía Penitencial de Nuestra Señora de las Angustias [1536]

Iglesia Penitencial de Nuestra Señora de las Angustias

- Paso 32. Nuestra Señora de las Angustias
[Juan de Juni, posterior a 1561]



COLABORAN

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE VALLADOLID
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE VALLADOLID
JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN
MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA
MUSEO NACIONAL COLEGIO DE SAN GREGORIO
CÁMARA OFICIAL DE COMERCIO E INDUSTRIA DE VALLADOLID
ASOCIACIÓN PROVINCIAL DE EMPRESARIOS DE HOSTELERÍA
SOCIOS PROTECTORES



Ayuntamiento de **Valladolid**

JUNTA
DE
COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA
VALLADOLID

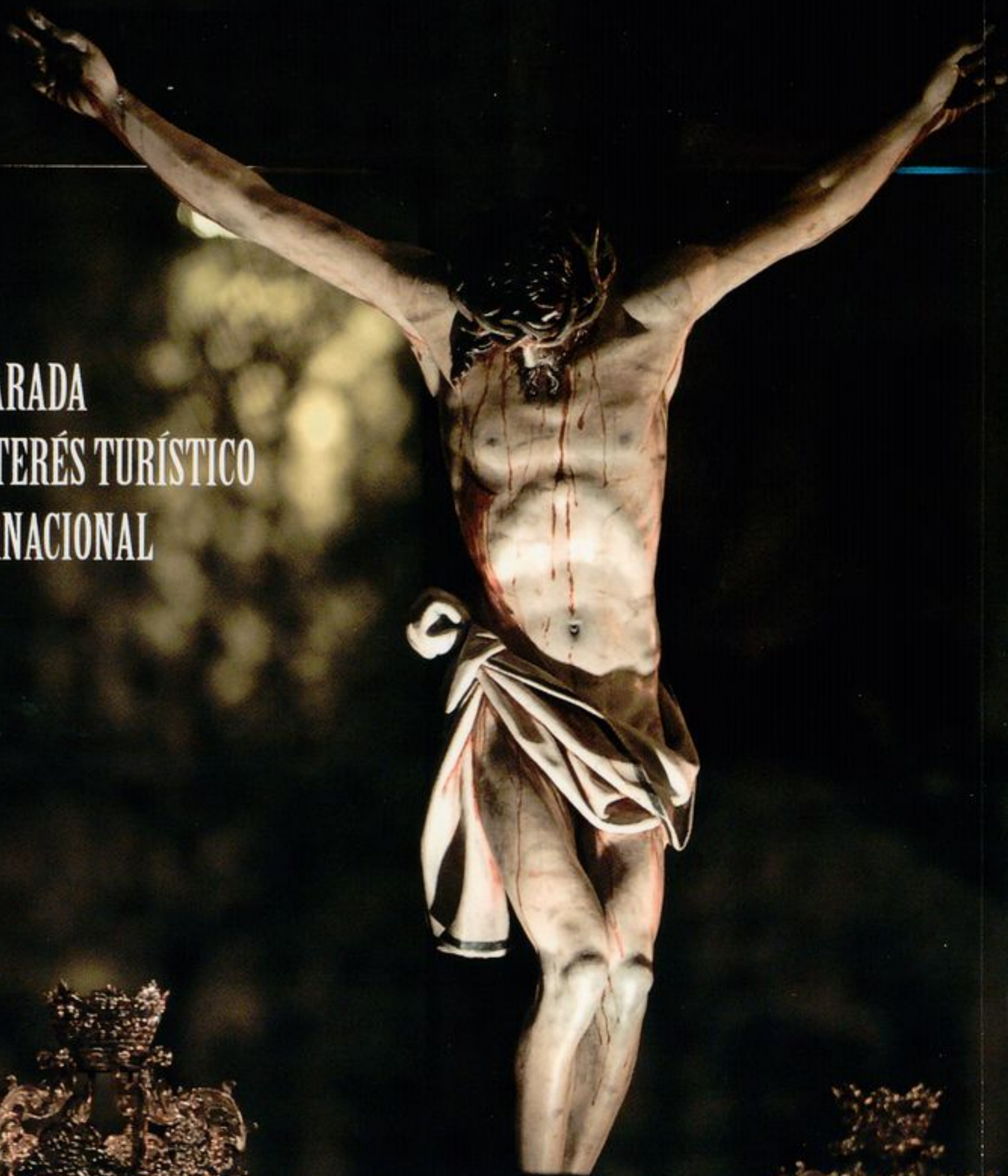


Edita: Ayuntamiento de Valladolid
(Junta de Cofradías de Semana Santa)
© De la edición: Junta de Cofradías de Semana Santa
D.L.: VA-197-2010
Printed in Spain. Impreso en España
Imprime: Imprenta Municipal
Diseño: dDC
Fotografías: José María Pérez Concellón
Pedro J. Muñoz Rojo

VALLADOLID

semana santa

DECLARADA
DE INTERÉS TURÍSTICO
INTERNACIONAL



Ayuntamiento de Valladolid

JUNTA
DE
COFRADÍAS
DE SEMANA SANTA

